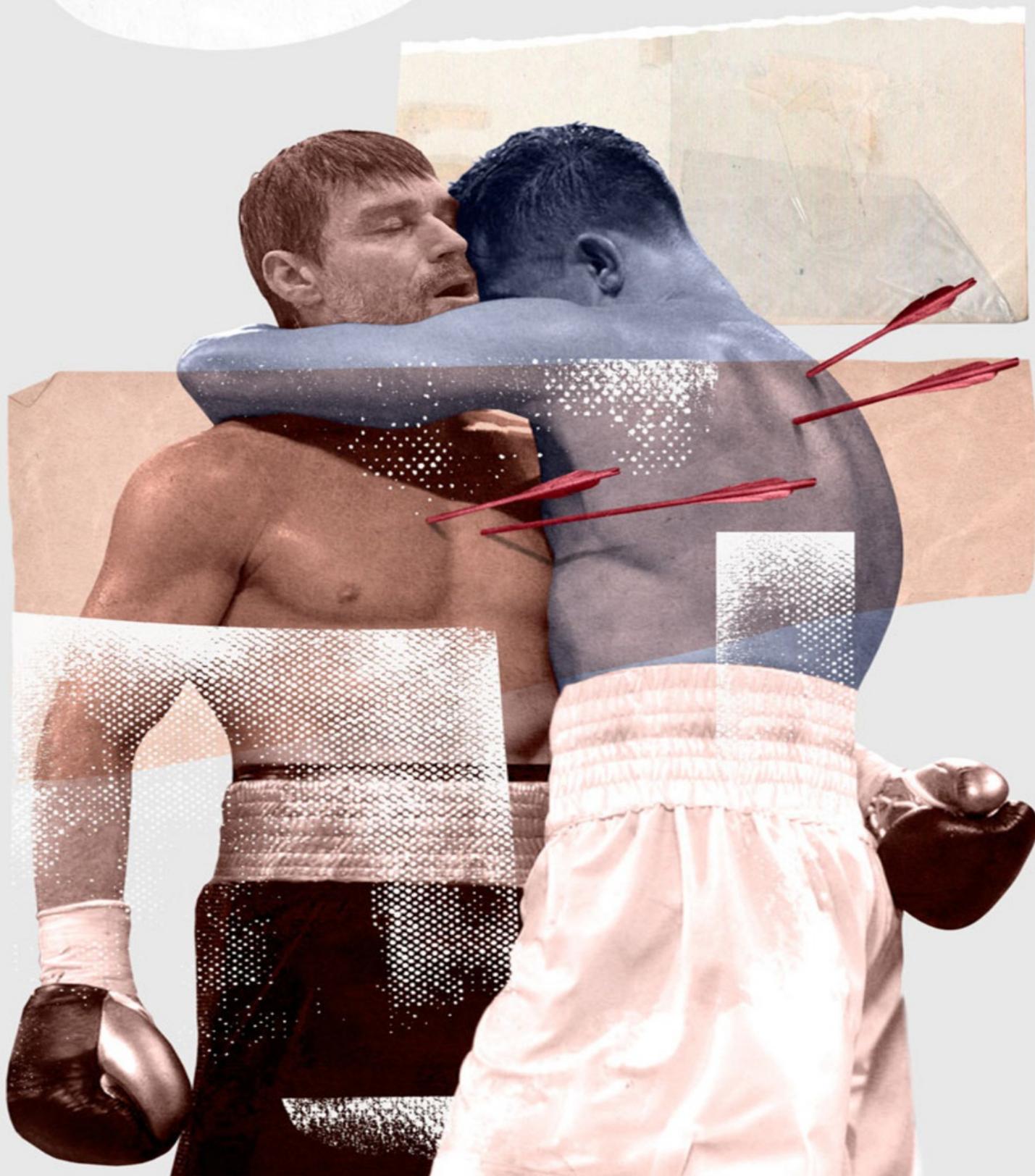
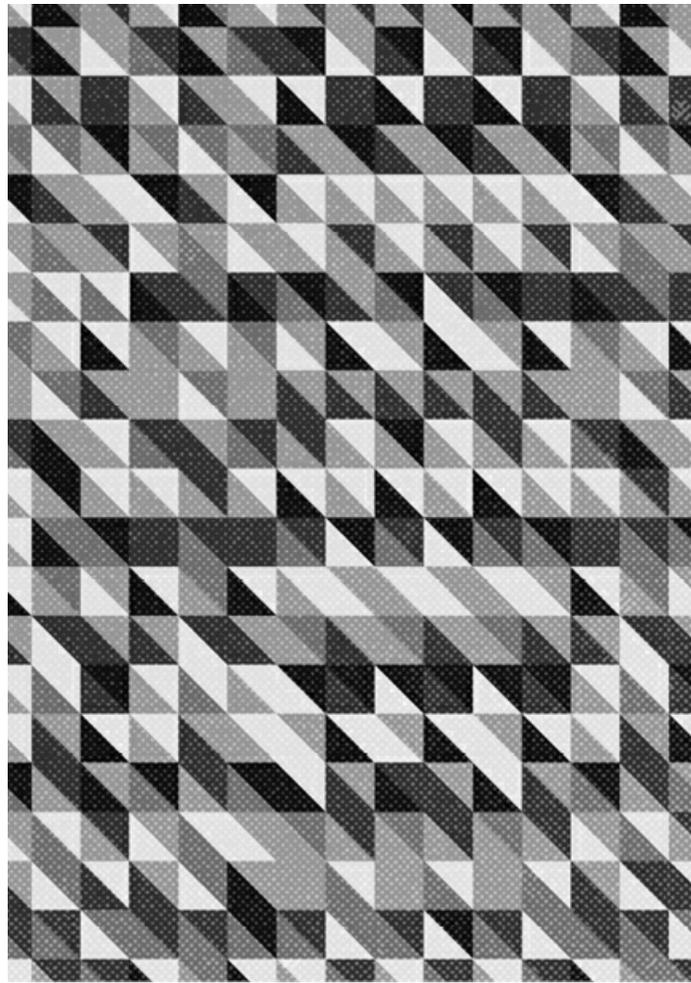


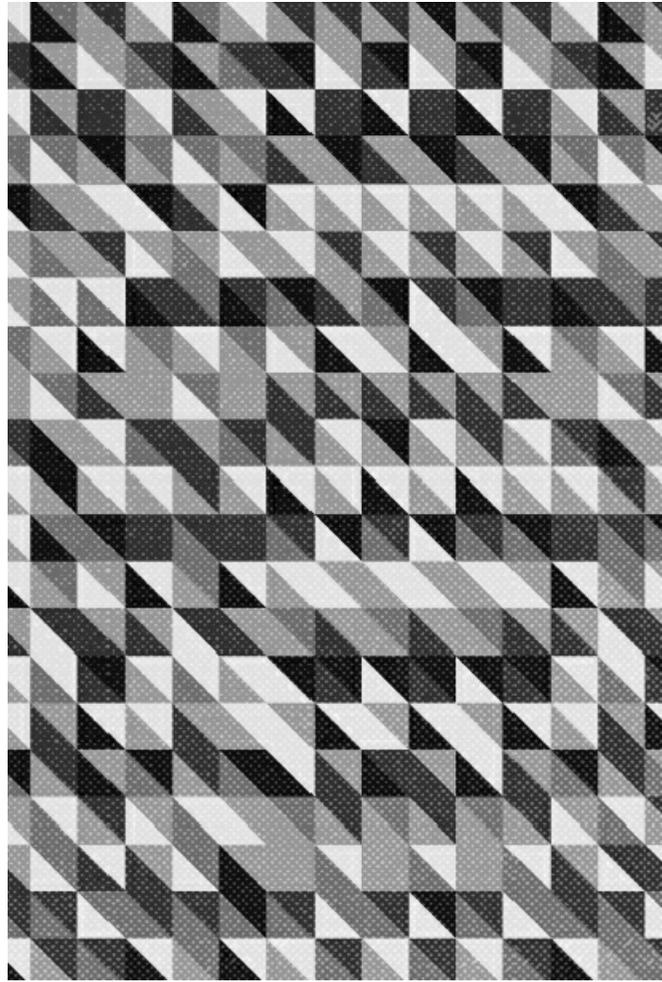
La calma luchada

Sergio Bero

Prólogo de Ainhoa Cantalapiedra







La calma luchada

Editorial Dos Bigotes

La calma luchada

Sergio Bero

Prólogo de Ainhoa Cantalapiedra



Primera edición: junio de 2020

LA CALMA LUCHADA © 2020 Sergio Bero

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-121091-5-3

Depósito legal: M-13015-2020

Impreso por Kadmos

www.kadmos.es

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

Prólogo

ASALTO 1 SABER(SE)

Sin mayor propósito

La última vez

Protección

Un *ristretto*

Una noche

El culpable

Llorar al revés

Aventura

Sobre ti

Un recuerdo

Hay días

Envidia

Reaprender y desaprender

Borrón y cuenta nueva

Australia

ASALTO 2 PERDER(SE)

La lección

Isleño

Seis estaciones

Semántica moderna

En un futuro

El artista

Promesas

Mis ansias

Zalamero inconfeso

Gilipollas

El retrato

Del 1 al 5

Ofensor ofendido

Notificaciones

La camiseta gris

Madurar

Falsa modestia

Peces en el mar

Empezar mejor

Declaración de intenciones

ASALTO 3 ENCONTRAR(SE)

Las flores del sábado

Natural

Puzle

Disfrazando inseguridades

Miles de miedos

El sosegado

Lo positivo

Mi pie izquierdo

Bendita locura

Normas

Esa palabra

Fuiste ese

El tiempo

La carta a los Reyes Magos

Ídem

ASALTO 4 Y NOCAUT QUERER(SE)

Mi héroe

Hallazgo sorprendente

Tenedores

Qué bonito

Vulnerable

Cosas de dos

Perder

Rasero conveniente

Tu sonrisa

Cuántos

Esperanza

En turista

Tuve que decírselo

Cuarenta

Mientras viajo

Bilbao

Bajito

Diminutivos

Pero no imposible

Agradecimientos

A mi padre,
que me pidió prometerle escribir
antes de que yo supiera que quería hacerlo.

Prólogo

Otra canción de amor

Sinceramente, amigxs, ¿quién soy yo para dar consejos de amor? Me tengo que reír y os invito a reiros conmigo.

Soy una mujer soltera de 39 años, exigente, económicamente independiente, feliz con sus elecciones y llena de experiencias sentimentales, unas mejores que otras. Pero ¿soy sana en mis relaciones? (Fase de reconocimiento del problema).

Os prometo que en algunas entrevistas me miran como un bicho raro cuando cuento mi situación personal. Me miran como buscando esa parte «bruta, ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda» de mi persona que debo tener para no estar ya casada y con tres churumbeles colgados del brazo. A mí, que a los ocho años ya tenía mi propia muñeca, a la que bauticé como «Mi Vida» y que se asemejaba tanto a un bebé que, en ocasiones, riñeron a mi madre por la calle cuando la sostenía en brazos porque pensaban que estaba maltratando a una niña real. La llevaba siempre a la moda, con gafitas y todo, y si se le rompía el cuerpecito, una rápida operación quirúrgica con mi papá y la dejaba como nueva. Aún tengo guardada a «Mi Vida», a las dos. Soy la pequeña de una familia de tres hermanos y tía de dos preciosas sobrinas que me llenan el corazón y las ganas frustradas de ser mamá. Ok, pues, *«let's talk about love»*.

Hubo un tiempo en que llegué a negar que era esa romántica que vivía enamorada del amor. Quise ser una *«livin' la vida loca»* y más bien terminé siendo un «lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks». La eterna enamorada engañándose a sí misma. (Fase de negación).

No sé cuántas canciones de amor y desamor he podido escribir y cantar mientras las lágrimas me caían por la cara; cuántos poemas de amor dedicados a ese desconocido que mi mente imaginó como el ser perfecto que todxs lxs románticxs empedernidxs soñamos que existe en ese lugar al que aún no hemos ido. La esperanza es lo último que se pierde, ¿para qué negarlo? Soñar es gratis

y, sobre todo, NO DUELE. (Fase de ira o enfado).

Vinimos a este mundo a aprender a través de los demás y de nuestras propias experiencias, tratando de ser cada día una mejor versión de nuestro ayer, de nuestros errores y de nuestros miedos. Pero ¿quién dijo que fuera fácil? Yo no, y quien diga que sí, miente.

En esta búsqueda de la felicidad de dos, y digo DOS pues hay quien goza del amor en mayor variedad numérica —uf, qué tedio, si con uno ya me cuesta, con dos o tres me daría algo—, he acudido a psicólogos y *coaches* para ahondar en la problemática y en la dificultad relacional amorosa del mundo actual. Aunque sigo pensando que «*if you wanna be my lover, you have got to give, taking is too easy, but that's the way it is*», no soy de las que busca el amor en las redes, ni de las que envía fotos *sexys* a ciberpretendientes. Eso no va conmigo, *sorry*.

Mis amigas me suelen decir que estoy chapada a la antigua, pero qué le voy a hacer si aún creo en las mariposas en el estómago y en los primeros besos de amor. (Fase de negociación).

Moulin Rouge se convirtió en una película esencial para mí. Y esto es lo mejor, amigxs: los finales en los que uno de los dos moría eran mi descanso emocional ante el pensamiento de tener que manejar una larga vida en común. Me marcaba un «*all by myself*»: mejor rápido e intenso, que vale por dos. Finalmente, no lo pude negar: ¿quién no se ha encontrado perdidx dentro de su propio caos emocional en algún momento de su vida? (Fase de aceptación).

Así surgió esta guerra interior por alcanzar *la calma luchada*, tan deseada por nuestro protagonista, una calma que es mía y de todxs nosotrxs. Y me vuelvo a preguntar: ¿quién me dio BOLI en este LIBRO cuando mi querido amigo Sergio Bero me propuso escribir este prólogo? Si, como diría aquel, «qué sabe nadie, si ni yo mismo muchas veces sé qué quiero».

Si algo he aprendido en todos estos años de búsqueda introspectiva y de estudio amoroso-social, es que nunca podrá haber un amor duradero y una relación sana sin (redoble de batería):

—Volver al origen, entender quién es unx.

—Regresar al perdón y a la sanación.

—Amarse a unx mismx.

Nadie se libra de escribir su propia aventura en la que, sin excepción, y aunque algunxs lo nieguen, todxs buscamos lo mismo: AMAR Y SER AMADXS. Como decían los grandes: «*All you need is love*».

Ainhoa Cantalapiedra

Abril de 2020

ASALTO 1
SABER(SE)



«Mirándote a los ojos juraría
que tienes algo nuevo que contarme».
José Luis Perales

Sin mayor propósito

Si hubiera un motivo real por el que siempre se me echa el tiempo encima, podría admitirlo ahora mismo... pero no lo hay. Quizá una siesta más larga de lo necesario, una maleta sin terminar de cerrar, una inoportuna conversación de WhatsApp o simplemente la certeza en mi mundo imaginario de que los minutos tienen más de sesenta segundos que, inevitablemente, nunca coinciden con los reales.

Sin proponérmelo, y a pesar de que me haya planificado lo mejor posible, llego al aeropuerto con la lengua fuera, pensando que esta vez sí, que esta vez me quedo en tierra. Mi mala organización para calcular los plazos es múltiple porque, aunque parezca incongruente, paradójico y discordante, la realidad es que esta vez dispongo de veinte minutos para disfrutar en la terminal. El espacio temporal discurre en mi mente como el Airbus volando a Nueva York: desafiando los husos horarios.

Me bajo del taxi no sin antes comprobar que tengo las llaves y la cartera en el bolsillo: no sería la primera vez que el taxista me vocea advirtiéndome de mi olvido. Una vez que está todo en orden, el control de seguridad es mi siguiente objetivo.

Lo que sí he aprendido es a ir preparado. «Chico precavido vale por dos», que decía mi abuela, y en algo le tenía que hacer caso: nada de calzado complicado por si me lo hacen quitar; siempre un pantalón de felpa y una camiseta. No hay que esperar cola, así que en cinco minutos paso el control. Ahora sí, lo contrario a mi sino: tiempo para mí. Recojo los pocos objetos que dejé en la bandeja, levanto la mirada y compruebo mi vuelo en la pantalla de salidas.

La terminal 2 se encuentra en plena reforma desde la última vez que la recorrí para viajar a París, solo. Son varias las ciudades a las que debo volver para disfrutarlas sin más compañía que la de mis pensamientos y para dejarme llevar por lo que las emociones de mi estómago me digan. Será la mejor manera de desaprender para escribir mi propia historia, mis propias sensaciones. París cumplió con su cometido de abrazarme entre sus librerías de Montmartre y espero con ansias que Miami me quiera pintar de lo más *kitsch* en Ocean Drive, que el metro de Santiago me inunde de empujones camino a Bellavista, que Ámsterdam me traslade en bicicleta por Jordaan y que Ciudad de México me llene de sabores en Condesa. Tantos parajes donde quedaron recuerdos que no siento míos, tantos viajes que me transportan a instantes que no siento míos. Tantos aeropuertos por los que transité, tantos lugares en los que entonces creí disfrutar. Releyendo ahora esas historias, mis historias, me doy cuenta de que fui sin ser, estuve sin estar, me dejé llevar por todo lo que no debía. Esta vez he hecho un paréntesis en mi período de reencuentro conmigo mismo, en mis viajes solitarios. Esta vez pretendo volar hacia ti.

Han pasado ya varios meses desde nuestros encuentros primaverales, propiciados por mí casi en su totalidad. Cenas que demostraron mis dotes culinarias y en las que me pavoneé cual adolescente, noches divertidas gozando de nuestros cuerpos sin querer que acabaran, paseos románticos por esas callejuelas madrileñas en las que es fácil perderse y conversaciones descubriendo tu sensibilidad por los derechos de las minorías, aprendiendo el valor de la diversidad y revelándome tu amplio dominio de la lingüística y la oratoria, lo que me hacía sentir pequeño a tu lado y al mismo tiempo hacía crecer mis ganas de superación. Envidiaba, idolatraba y deseaba tu facilidad de palabra, esa que a mí me falta en algunas ocasiones y se agolpa disléxicamente en otras. El escaso tiempo que pasó desde nuestro primer —y casual— encuentro nocturno al momento en el que me deslumbraste fue un indicador de que, para mí, la diferencia de edad no tenía importancia. Ni siquiera el insignificante detalle de tu despedida de Madrid por cuestiones laborales hizo cambiar mi fascinación por ti.

En estos largos meses hemos mantenido, por supuesto, chats prácticamente diarios. No ha habido semana sin tus corazones en mi WhatsApp ni mis piropos en tu perfil de Instagram. Hemos comentado las interminables novedades políticas y la inserción en nuestras *playlist* de los temas de *OT*, mis viajes y tu mejoría laboral, mi próxima entrevista para una televisión latinoamericana y tus artículos sobre actualidad internacional en el periódico alemán en el que ahora trabajas, nuestros deseos físicos de volver a tenernos y mi insistente —a veces agobiante— búsqueda de esa posibilidad de vernos de nuevo.

Un Rioja siempre es una buena opción con la que presentarse en una casa como invitado, así que no lo dudo y elijo uno de mis favoritos en la tienda Duty Free, sabiendo que te va a encantar. Desayuno un rápido zumo de naranja con un mollete de jamón en la cafetería frente a mi puerta de embarque mientras espero el aviso y ojeo en Twitter las últimas noticias, por si el mundo ha cambiado en algo desde el anterior chequeo. Cuando por megafonía llaman a los pasajeros, el

tono de sus conversaciones se eleva más de lo normal, se acercan innecesariamente unos a otros, forman algo parecido a una fila amontonada y sus movimientos se aturullan de forma evidente. Me uno al juego desorganizadamente organizado de niños gritando, novios besándose y ejecutivos esperando su turno como en una carnicería, pero con un aliciente mayor: tener alas durante dos horas.

Siempre elijo el asiento de ventanilla. El avión suele ejercer en mí un alto poder sedante, mayor que cualquier somnífero que haya probado. Incluso antes del despegue, ya disfruto de un quinto sueño y mi paseo por las nubes llega por anticipado. Lo que a unos les inquieta y les causa una fobia a tratar, a mí me produce paz, y la ventanilla me ayuda a no dar cabezazos mientras Morfeo me acoge en sus brazos.

Sin embargo, este viaje viene con una alteración previa, y mis deseos de soñar en manos del piloto se ven postergados por culpa de mi editora, que hace dos días me llamó para pedirme que terminase de una vez mi próxima novela. Así que mi objetivo es no caer en la tentación y mantenerme lúcido las dos horas de trayecto, dispuesto a que antes de desembarcar en tierras alemanas haya añadido varios párrafos al ya rocambolesco entuerto entre Eric y Dave; una historia que durante el último año ha removido mis entrañas por haber tejido las de mis personajes con partes de mí nunca antes descubiertas, posible motivo por el que el parón productivo está siendo realmente desesperante para Laura. Le entregué el último borrador en junio, antes de la muerte de mi padre, que durante sus últimos meses se empeñaba en hacerme ver la necesidad de encontrar mi camino, de dejar de agradar a quien no se lo merecía y de poner en su lugar a quien debía. Todo terriblemente lógico, desde luego, siempre y cuando no advirtiésemos que esa lógica comportaba implícitamente un proceso del que yo no vislumbraba ni siquiera la casilla de salida.

Se deshoja ya la última página del calendario mientras aún trato de hallar ese camino al que poder llamar mío. Los viajes sin memoria personal fueron parte del recorrido ajeno que mi padre me invitaba a poner fin. Sin reproches, sin acusaciones, sin torturarme por no conseguir ver mi yo, pero siempre firme en su intención de resaltar en mí lo que incluso a día de hoy no consigo encontrar.

Me pregunto si acaso no fue ese el motivo para trasladarme a la Rue Coysevox, durante unas semanas, después de que él se fuera para siempre de mi lado, e iniciar ese proceso poniendo el primer pie sobre la casilla de salida. Fue allí donde me topé con mi yo más invernal en un caluroso verano parisino y donde maldije cada fecha en la que tuve que tomar decisiones por mí mismo con mi mal acento francés —que me recordaba continuamente cómo antaño otros decidían por mí con más rapidez y elocuencia en la mayoría de situaciones—. Unas semanas en las que, al menos, la literatura me envolvió y recuperé el hábito de la lectura compulsiva. Algo que hizo que llegara al Charles de Gaulle con sobrepeso libresco pero sin el más mínimo atisbo de musa colándose en mis maletas. Ese bloqueo que la Ciudad de la Luz no salvó se afianzó a sus anchas en Madrid. Dos estaciones de sequía creativa sobre el rumbo al que se dirigían mis personajes, lo cual, como paradoja personal, no me valdría para escribir un capítulo, pero sí para una consulta con mi terapeuta, al que también tenía abandonado. Ni el verano ni el otoño hicieron efecto, ni París ni Madrid, ni mi travesía en soledad... así que la opción podría ser una combinación del invierno, Colonia y tú.

Ciento veinte minutos de torpes ideas conectándose con los episodios ya aprobados por Laura y su equipo. Ciento veinte minutos de teclear en mi iPad un número de palabras mayor del que hubiera imaginado cuando estaba en el Adolfo Suárez. Ciento veinte minutos solo interrumpidos

por el ofrecimiento por parte de la azafata de una variedad de sándwiches que soy incapaz de rechazar. Rosbif con mostaza suena lo suficientemente apetitoso como para empezar a salivar, así que ese es, acompañado por un té frío de frutos rojos, el único inciso en mi regreso a mi olvidada labor como escritor. Aproximarnos a tierra desde el oasis nocturno supone comenzar a ver las estrellas en el suelo, miles de luciérnagas en forma de farolas, coches o edificios iluminados en medio del anochecer germano.

Feliz por el buen vuelo, el aprovechamiento de mis letras y las ganas de verte, sonrío para mí y, por lo visto, externalizo el gesto de manera inconsciente, porque la azafata me devuelve la sonrisa y el color de mi cara se asemeja al del té que ella misma me sirvió. Un rápido y silencioso aterrizaje y un acceso inmediato al aeropuerto sin necesidad de bus entre avión y terminal se suman al maravilloso hecho de no tener que esperar maletas facturadas: datos a añadir a mi ya apabullante satisfacción viajera. Por si fuera poco, al encender mi móvil tengo un mensaje tuyo esperándome:

—Estarás al llegar. *Willkommen!* Cuando entres en el aeropuerto, sigue el pasillo hasta el fondo, donde verás unas escaleras que te llevarán al tren. Ahí mismo compras el billete que debes validar antes de subir. Es muy fácil, al ladito de la máquina expendedora tienes la que valida los billetes. Yo salgo del periódico en breve, así que nos vemos en la catedral en media hora. ¡Tengo ganas de verte!

Y yo no dejo de sonreír, me resulta imposible.

Me sorprende el corto trayecto desde el aeropuerto al centro de la ciudad, unidos por tan solo cuatro paradas. Bajo en Dom/Köln Hbf y cruzo el centro comercial subterráneo que se conecta con Roncalliplatz y la magnificencia gótica de Colonia. No puedo evitar que se me erice la piel al sentir el poder negro de los ángulos que desafían el cielo, más negro aún. Cinco minutos dura mi primer anonadamiento arquitectónico hasta que lo sustituyo por el segundo, que tiene lugar cuando tú llegas. Tu pelo rubio alborotado, tus gafas que te hacen más interesante y tu abrigo *grunge*. Más de ciento cincuenta metros de altura ocultos y ensombrecidos por tu metro sesenta y cinco. Me saludas a lo lejos y yo me acerco hasta que nos abrazamos y nos besamos.

—Qué guapo estás. —Gráficamente, dos corazones salen de mis ojos.

—No seas mentiroso. Estoy agotado después de diez horas en la redacción. —Bajas la cabeza dejando caer un mechón sobre tu cara mientras parpadeas lentamente. Sabes jugar tus cartas de seducción. Es tarde, pero insistes en hacerme un mini *tour* nocturno. Aunque cargo con el *trolley*, me da absolutamente igual y ni siquiera siento el peso.

La absoluta consciencia de tu poder sobre mí resume estos días que pasamos juntos. Puedo describir cada uno de los pasos que dimos, pero me quedo con el paseo hasta la abarrotada Brüsseler Platz, tu empeño en visitar Ehrenfeld para dejarme boquiabierto con la historia de los piratas de Edelweiss o la cena en el restaurante ruso donde nos acariciábamos tímidamente las piernas por debajo de la mesa para acabar en tu apartamento saboreándonos sin reparo.

Esta ciudad me alumbró y deslumbró, pero más lo hicieron tus explicaciones históricas, tus besos en mi mejilla, tus demandas de crecimiento profesional en un medio que te ofrezca mejores perspectivas, tu categórico amor por el arte, tus modos suaves y sólidos al mismo tiempo... tú entero.

Las fotos desde lo alto de la catedral fueron las mejores de estos días y, de hecho, las que no he compartido en mis redes sociales. Guardo para mí aquellas en las que apareces bajando las estrechas e interminables escaleras de caracol; esas en las que juegas con las sombras de las rejas

de la azotea donde sorteábamos a las decenas de turistas que nos estropeaban las poses seudonaturales que pretendías que yo adoptara.

Las noches sin aliento, en las que lamí cada rincón de tu cuerpo, en las que busqué tus gemidos, en las que cabalgabas salvajemente y yo te embestía, en las que buscabas mi lengua y yo te mordía los labios, en las que las sábanas ardían.

La vuelta en tren, ya sin ti, me muestra ese tono gris, *beige* y rojizo tan alemán. Me despido poco a poco de Nordrhein-Westfalen, porque de ti hace ya media hora que me he despedido con una promesa que ambos sabemos que no tiene una fecha precisa. Aunque en el vuelo de regreso tengo la misma selección de sándwiches, he aprendido que no debo repetir lo que ya salió bien para intentar igualarlo, así que opto por pedir un donut que me endulce el trayecto. Sin darme cuenta, he caído en mi propia trampa, ya que la felicidad del viaje de ida contenía una armonía que no se puede dar de la misma forma, por lo que mi adorada y azucarada bollería industrial no consigue competir con el dulce vuelo hacia Alemania. Hago repaso de lo ya escrito hace días y me parece que en realidad no desmerece en nada a cualquiera de mis novelas ya publicadas: no nuevo ni una coma de la primera versión, aunque aprovecho para añadir algunas líneas más. Mi tono menos entusiasta da un giro al comportamiento de Dave, posiblemente inesperado para algunos lectores y barruntado por otros, pero que determinará un nuevo itinerario en la novela; espero que Laura lo apruebe, porque de ello depende el final.

El aterrizaje, esta vez en Madrid, vuelve a ser técnicamente similar, sin mayor estruendo que el de mis pensamientos poniéndose en orden. Bajo del avión y salgo del aeropuerto igual de rápido. Cojo un taxi porque es tarde y no me apetecen los transbordos del metro, así que en media hora entro por la puerta de mi casa. Me desvisto sin miramiento y tiro la ropa al suelo mientras me desplomo en el sofá. Repaso estos días: el vuelo, reencontrarte, el tiempo contigo y el regreso. Sonríe. Quizá si estuvieras viviendo en esta ciudad, las cosas serían diferentes. Pero la realidad no es otra que una distancia feroz en kilómetros y en expectativas de futuro. No puedo ofrecer lo que tus veintipocos años pudieran pedirme junto a tus deseos nómadas de superación profesional. Los comprendo y en ningún momento puedo interponerme a ellos.

Estoy tranquilo... ¿Estoy tranquilo?

—No te autoengañes, señor escritor. —Mi ángel y mi diablo hablan de nuevo y me recuerdan que el año acaba con muchos cambios y pocos logros, con muchos entuertos y pocos aciertos. Que ese reencuentro conmigo mismo no ha llegado y que he rechazado hacer conscientes todos los motivos que verdaderamente me llevaron a ti.

Sin soltar la sonrisa, me convengo de la mejor solución: dejarte volar. Porque este viaje, vuelvo a decirme, no tenía mayor propósito que comenzar de verdad.

La última vez

Sin saberlo, aquella sería nuestra última vez. Después de esos momentos juntos en Alemania, no hemos vuelto a vernos. Aunque hemos seguido en contacto, la frecuencia se ha desvanecido con los meses y con ella la intensidad comunicativa. No negaré que yo también lo he propiciado. La presentación de la novela, la promo y la vuelta a la creación del siguiente libro me han tenido más ocupado.

Sin previo aviso, me *wasapeas* porque con la primavera has vuelto a Madrid y me propones que nos veamos. Es domingo dominguero, de esos en los que una compañía siempre viene bien, en los que te rascas porque te pica; en los que si existe la posibilidad de ser rascado, la sensación dominguera aumenta considerablemente. Te pido que me des tiempo para ducharme. Mi capacidad de anticipación desaparece cuando a los diez minutos estás tocando a mi puerta y yo me he limitado a adecentar un poco mi casa. Dejo la puerta entreabierta y voy directo a la ducha para, ahora sí, adecentarme yo mismo. Entrás y te grito desde el baño que te pongas cómodo mientras acabo... pero siguiendo tu propio *modus operandi*, te diriges hacia el fondo del pasillo y compartes mi actividad. Instintos básicos desatados y ejecutados. Tenemos una charla de apenas diez minutos y te vistes para irte.

Sin saberlo, ese polvo fue el último entre los dos. Tras aquel encuentro, los mensajes fueron disminuyendo hasta desaparecer. Mis reacciones en redes sociales tardaban días en recibir respuesta o incluso nunca eran atendidas. Fue en ese intervalo cuando comenzaste tu relación con Derek.

Sin previo aviso, es el momento del punto y aparte. Es el momento de abandonar la construcción desde el tejado y de echar la vista atrás para comprender cuál fue el origen de todo.

Protección

Creo que, en realidad, repetimos roles una y otra vez con quien nos topamos en nuestro camino. Sean parejas o amigos, conocidos o familiares, establecemos patrones y los repetimos de manera inconsciente. ¿Cuál es el mío? De esto me estoy ocupando últimamente, o al menos de saber de dónde procede. ¿Por qué tengo este afán de proteger? Ese es mi rol: el de la protección.

Te acabo de conocer y hago mío tu problema buscando soluciones. Si eres más joven, te protejo. Si eres mayor, ¡también! Si eres más inmaduro que yo, mejor que mejor. Me apropio de tus dilemas, de tus inseguridades, como si no tuviera suficiente con los míos, y allá voy a solucionarlos con todas mis ganas. Esto de la protección no es algo tan atractivo como pudiera parecer, porque siempre salgo escaldado. Pero ahí sigo. Nadie me llama y nadie lo agradece. ¿Quién va a agradecerlo si nadie me ha pedido ayuda y yo la doy sin más? ¡Obvio!

Quizá así me siento útil, quizá así me siento feliz, porque siento que estoy dando lo mejor de mí. Quizá, todo quizá. Realmente, de dónde viene y el porqué es el tema central que quiero averiguar. Y en ello estoy. Porque llegó un momento en el que de tanto proteger al resto se me olvidó protegerme... o dejar que me protegieran.

Un *ristretto*

Pedí un *ristretto* y me senté al lado del ventanal. Siempre me han gustado las cafeterías con manteles de cuadros rojos en las mesas. Me transportan a mi abuela, a la tranquilidad y a sentirme seguro.

Quizá eso era lo que anhelaba: seguridad. Años de turbulencias, años de no saber colocar las piezas y responsabilizar a quien no lo hacía por mí. Mi café era la mejor de las compañías entre mis espacios de confusión.

Me acomodé en la silla de madera con cojín también colorado y dejé que mi vista se perdiera a

través del cristal el tiempo suficiente para olvidar lo que me rodeaba. Quizá pasaron diez o veinte minutos cuando lo vi. Estaba en otra mesa, con su café. Me gustó su corbata, lo elegante que vestía. Me miraba no tan disimuladamente, por lo que yo le devolví una sonrisa. Quizá esos diez o veinte minutos en los que yo había estado absorto, el chico trajeado había estado mirándome.

El calor me recorrió todo el cuerpo, así que volví mi vista hacia la ventana. De nada sirvió evitar sus ojos, porque se acercó y me preguntó si estaba solo. Ya no podía desviar otra vez la mirada y no supe decirle que sí.

—Tengo que regresar a la oficina, pero me gustaría tomarme un *ristretto* contigo. Aquí tienes mi teléfono. Escríbeme y dime que sí. —Se mostró muy seguro de sí mismo mientras apuntaba en la servilleta su nombre y los nueve números que iban a cambiar mi vida.

Una noche

Solamente una noche fue suficiente para darme cuenta de la infelicidad acumulada durante años de falta de sinceridad y comunicación. Tras varios intentos de tomar consciencia, una sola noche bastó para ponerlo todo patas arriba.

Una noche en la que los abrazos, y no el sexo, fueron los protagonistas. Sentirme protegido, vaticos de energía recorriéndonos y fundiéndonos como si fuéramos uno, ser yo parte de algo, quizá de algo que ya no recordaba.

Una noche en la que la fiesta no apareció más que en los oídos. Sentirme escuchado, horas de conversación fluida, sin miedos, sin interrupciones, mostrarme como soy: un tipo sin rumbo, desubicado y desconocido para sí mismo.

Una noche, después del café, antes del principio del desenlace. Solamente una noche fue suficiente para tirar por la borda mis principios y sumirme en meses de debate intrapersonal, peleándome entre fantasear con algo que no era nada y continuar algo ya acabado.

El culpable

Dejé el móvil sobre la mesa, al lado del portátil, y me levanté para ir al baño. No lo sabía de forma consciente, pero quería que pasase. Necesitaba liberarme de esa presión, de la ansiedad que me atormentaba. Todo aquello que siempre había criticado, todo, lo estaba repitiendo.

¿Por qué traicionarlo si ya sabía que se acercaba el final? ¿Por qué no cerrar una historia antes de abrir otra? ¿Por qué hacerme daño y hacérselo a él?

Porque uno de los dos debía ser el culpable. Porque debía ponérselo fácil. Meses, muchos meses en los que lo esencial, el respeto, había desaparecido. Meses en los que la palabra «complicidad» buscaba su significado fuera de casa. Meses en los que nada tenía sentido entre los dos. Quizá fueron más que meses.

Dejé el móvil y faltaron segundos para que él lo abriera y comprobara mi WhatsApp, donde sí se hallaba algo que se disfrazaba de amor. Mensajes que destruían la imagen que yo mismo había creado sobre mí, palabras en las que encontrar un culpable al que cargar la cruz completa, excusas con las que explicar todas las razones de lo que no había funcionado hasta ahora.

Llorar al revés

Será que es otoño y la melancolía se ha apoderado de mí, pero he ido a sentarme a nuestro banco, aquel en el que nos reíamos, nos besábamos, nos acariciábamos... donde, en definitiva, nos queríamos. Ese banco en el que éramos dos en uno y esta vez solamente soy uno formado por uno.

Lo que entonces era una sonrisa tonta interminable se ha convertido en una lágrima amarga y triste, pero no tan amarga como no saber ni siquiera llorar, lo que se dice llorar de verdad; no poder desgarrarme y soltar la rabia, la angustia o la incomprensión. Sentir que algo se me ha roto por dentro y que se queda ahí, sin poder salir. Sentir que ni las lágrimas corren en el sentido que deberían. Es como si estuviera llorando al revés.

En ese banco donde pretendías hacerme reír con chistes sin gracia ahora solo queda el viento, que me recuerda que sí la tenías y que lo único que puedo hacer es echarla en falta.

Sentados aquí, juntos, sentía el tacto de tu mano y de tu pierna, y ahora solo quedan mi mano y mi pierna, sin ninguna caricia. Ese lugar que fue mágico para los dos es un lugar frío para mí. Precioso, lleno de recuerdos, pero frío. Quizá deba volver a ese banco para, por fin, llorarlo todo. Quizá deba no volver a ese banco para no recordar cosas bonitas que ya no lo son. Quizá deba volver a ese banco para que nada sea al revés, ni siquiera llorar.

Aventura

—¿Qué esperabas? —me reprochaban los filósofos de mis amigos, los que tienen grandes dotes para adivinar mi futuro sentimental pero no dan en el clavo con ninguna de sus historias—. ¿Creías que alguien iba a dejar a su novio por ti? ¿Creías que eras diferente? ¿De verdad eres tan tonto?

Debe ser que sí, que soy tonto y que pensaba que era alguien especial. Debe ser que, a pesar de que hubiera otros, creí ser ese que traspasaría la línea de la aventura, ese que le daría la fuerza para acabar con esa vida sombría que decía llevar.

Debe ser que creí sus palabras, pero sobre todo creí su verde mirada, su piel erizada cuando me rozaba, sus promesas con esa voz entrecortada con la que se disculpaba.

—Tan avisado para unas cosas y tan corto para otras, chico. —Seguían ayudándome—. No deberías creer al primero que te dice algo bonito.

No sé qué debería creer, pero sí que opto por seguir confiando, aunque todo se quede en una aventura.

Sobre ti

Hoy estaba escribiendo sobre ti. Últimamente me he dado cuenta de que mientras viajo es cuando estoy más inspirado para contar historias. Me abstraigo y me concentro entre el ruido de la gente, los motores y la música, especialmente en el avión o en el tren.

No creo que leas estos párrafos. Posiblemente no leas ninguno de mis relatos, ni los inventados ni los reales, porque tú no lees. Bastante tienes con los textos científicos que revisas a diario como para darle un mísero valor a mis palabras. Por ello aquí me siento más libre, porque sé que no serás testigo de mis sentimientos, que se desbordan una y otra vez. Esos que te apartaron de mí.

Sí creo que la existencia de este relato te importaría lo mismo que mi dolor por tu desaparición.

Hoy estaba escribiendo sobre ti y la morena guapísima que estaba sentada a mi lado en el avión me acarició el brazo cuando vio que no dejaba de llorar. Aunque no pude devolverle más que una tímida sonrisa llena de vergüenza, su mano me trasladó toda su calma y por fin respiré.

Sí, estaba escribiendo sobre ti y dejé en ese vuelo mi desesperación y mis esperanzas junto a tu indiferencia.

Un recuerdo

Me hacía gracia tu forma de piropearme por DM en Instagram. Ni estoy acostumbrado ni mucho menos lo tengo asumido como algo normal, así que conseguiste alegrarme con tus comentarios. Sin ser agobiante, sin prisa pero sin pausa, me contactaste varios días.

Las risas y las sonrisas se cruzaron con una jornada de trabajo decepcionante y entonces hallaste mi punto débil; un día en el que no estaba tan alerta y en el que, sin pedírmelo, abrí las puertas de mis miedos y salieron a la luz mis vulnerabilidades. Supongo que encontré un apoyo ajeno, que a veces es más libre que el de los amigos íntimos.

Sin ser consciente de ello, di pie a que los mensajes tuvieran un contenido más cercano. Sin

darle cuenta, creé con mi actitud expectativas no reales.

Pasaron los días y fuimos comentando nuestros vaivenes, pero tú dabas pasos de aproximación que en mí no eran tan naturales como para que fueran recíprocos. Así que las llamadas primero y los chats después se distanciaron y enfriaron.

Al cabo de unas semanas, eres ya un recuerdo. El chico sonriente que hizo de aquel mes un mes mejor.

Hay días

Hay días que me pregunto si sigues estando orgulloso de mí. Esos días me cuesta darte razones con las que convencerte para que lo estés. Hay días que soy egoísta, inmaduro y caprichoso. Hay días que no soy ese tipo de tío que la gente quiere ver y admirar.

Por eso, me pregunto si incluso tú pondrás en la balanza esa parte de mí y pesará más... Ni yo sabría describirte mi parte luminosa y atractiva. Lo fácil es responder que sí, que sigues estando orgulloso, que me veneras a pesar de todo y que la balanza cae sobre el lado positivo. Pero sabes que lo fácil no me suele convencer y hay días —más de los que crees— que te necesito. Ser consciente de cuánto te necesito ahora que no te tengo es lo más egoísta que puedo hacer.

Hay días que daría marcha atrás para cambiar las cosas, porque no me arrepiento de lo que hice, sino de lo que no hice.

Debo confesarte que odio los «y si hubiera» desde que no estás y, desde entonces, he entendido lo importante que es abrazar y besar. Debo confesarte que ya no quiero quedarme dentro nada que tenga que estar fuera. Y por eso te voy a decir la verdad más absoluta que tengo: te quiero.

Envidia

Qué envidia me das. Una pareja perfecta y comunicativa. Yo quiero eso. Meses de fotos llenas de felicidad. Sin duda, no he vivido una plenitud igual. Vuestros viajes, vuestra belleza, vuestros días repletos de besos y caricias protagonizan vuestras redes sociales, siendo público y notorio vuestro amor.

Qué envidia me das. Esas frases que os dedicáis y todo lo que aseguráis aprender el uno del otro. Entre tanta desilusión, sois mi esperanza. Vuestros planes, vuestros deseos, vuestros comentarios diarios son un modelo para lo que yo pretendo.

Esta mañana, al despertar, en mi repaso matutino de las cosas importantes de la vida antes de poner un pie en el suelo, no acierto a encontrar rastro alguno de ti. Tampoco de él. Os ha tragado la tierra. Te envíé un mensaje cuya respuesta el tiempo infinito se encargará de guardar. Esta misma tarde reaparecerás con un álbum en blanco y el título de tu foto: «Renacer».

Qué envidia me das. Esa paz, esa tranquilidad y ese saber llevar bien un fracaso sentimental. Incluso mi corta memoria me permite recordar el mismo método con tu anterior felicidad, y con la anterior. Ni rastro nunca jamás.

Qué envidia me das. Ese reponerte y resurgir sin grietas y sin mirar atrás, haciendo desaparecer todo recuerdo, toda herida, y volver mañana mismo, como en ocasiones anteriores, a deleitarnos con tu perfecta nueva compañía.

Qué simpleza la mía envidiar lo irreal.

Reaprender y desaprender

Cuando crees que lo sabes todo, cuando pretendes dar lecciones a los demás, te viene la vida como un huracán a sacudirte bien y a dejarte desnudo como un bebé. Cuando por fin llegas a la cima de tu madurez, el zasca de la vida llama a tu puerta para mostrarte el Everest.

Ya puedes ir vestido con grandes teorías y adornado con grandes consejos para otros que, de repente, te encuentras vacío, perdido, con todo por reaprender, que es infinitamente más complicado que aprender.

Volver a equivocarte acercándote a la persona no adecuada, dejar que entren en tu vida para que vuelvan a robarte un poco de ti, volver a saber quién es quién, diferenciar el que de verdad te tiende la mano del que lleva la manzana envenenada, el que se merece un sitio a tu lado o el que es mejor que se mantenga lejos.

Volver a reír y a ponerte el mundo por montera, pasar de ver de color de rosa a ver toda la escala de grises. Volver a tener ilusiones y a luchar por ellas, volver a tener energía para afrontar los nuevos retos y a pintarte cada día —o intentarlo— la mejor de las sonrisas.

Volver a escuchar la voz que llevas dentro, a quererte un poco más, a caer y a levantarte todas las veces que haga falta.

Cuando por fin alcanzas ese escalón superior, uno de los primeros se tambalea. Tantas veces reaprendí, no sin antes desaprender, no sin antes entender el inicio, que una vez más no me queda otro camino que avanzar.

¿No se dice aquello de «renovarse o morir»? Para lo bueno y lo malo... ¡volveré a reaprender!

Borrón y cuenta nueva

Te mentí aquel viernes. Quería un café, pero no solo eso. En realidad quería todo. Y tuve el café, cierto, pero nada más. Una conversación cariñosa entre desconocidos, sin besos ni caricias. Qué impresión sentirte tan frío. Puede ser que me trataras como a un amigo, algo a lo que no estaba acostumbrado. Entendí entonces que, para ti, ese podría llegar a ser mi lugar. Un lugar imposible cuando no se siente amistad.

Recordaba cada momento del primer día, cada instante del segundo. Igual que recordaba cada rincón de tu cuerpo, cada sonrisa. Y ese viernes me convertí en un extraño. Me fui a casa pensando que quizá me sorprenderías con otra cita haciendo borrón y cuenta nueva. ¡Qué creativa puede ser la mente!

Me olvidaste, o al menos olvidaste lo positivo, y la balanza se inclinó. Punto final.

Lo que no esperaba es que, meses después, me escribieras de nuevo. La frialdad de aquel

viernes se había vuelto más tierna y había un acercamiento entre líneas. Fue el momento de buscar entre todos aquellos recuerdos. Debían de estar ahí, olvidados. Busqué y rebusqué y sí encontré cariño, mucho cariño. Pero no era amistad... ni tampoco amor.

Australia

Wow! Eso es lo que pensé en voz alta la primera vez que lo vi. Ese será mi marido y donde pongo el ojo, pongo la... En fin, que así fue. Dos corazones, dos descerebrados. Como si se tratara de una droga dura y chungu, casi una X, casi un diez, casi una década duró esa adicción obsesiva.

«*Music makes you lose control*», sonaba aquella vez en el tocadiscos. Ese es el descontrol que mejor domino, no como mi cabezonería por controlar todo lo que me rodea. Esa fijación ayudó a alargar una relación que me empeñé en sacar a flote incluso teniendo las mismas posibilidades que el Titanic de llegar a Nueva York. Qué fácil es verlo ahora a toro pasado.

Ninguno de mis amantes se podía comparar a él, porque, no me voy a engañar, el sexo fue lo único que no se destruyó en esos años. Y es que Afrodita esquivó cualquier intento de mantener sus atributos entre nosotros.

Así que, en un momento, llegaría ese café, llegaría esa noche, llegaría esa aventura, el principio del fin, la peor manera de detener el disco giratorio en el que me veía envuelto. Me adentré en lo desconocido después de esa década de falsa estabilidad y, creyéndome libre y pensando que todo estaba sanado, recorrí millas para volver a controlar. Y lo hice. Muchas menos que dos mil millas fueron necesarias para afianzar en Alemania la confianza en mí mismo y en mis desacertadas decisiones en el plano afectivo.

Y aunque Australia siempre tome la delantera horaria, esta vez fui yo quien se adelantó bailando sin parar cuando me apetecía, perdiendo el control, perdido sin él y sin mí mismo. Pero eso es otro capítulo, porque no, no es oro todo lo que reluce.

ASALTO 2 PERDER(SE)



«No sé el momento ni la razón
en que puse a la venta cuerpo y corazón».
Nacho Cano

La lección

Me gustaría hablarte desde la más completa sinceridad. La que surge de la frialdad y lo apacible. Me gustaría recorrer, ya sin ti, las semanas de esa irracional relación que, desde tu perspectiva, acabó por ser un gran error y que, desde la mía, supuso toda una lección. Un error por no ser lo que tú esperabas, al recibir por mi parte reclamos que no pretendías atender en ningún momento. Una lección por hacerme ver cuánto me queda por aprender.

Si yo estoy ahora aquí es porque me buscaste concienzudamente. Me seguiste en redes, quisiste llegar a mí utilizando tus artes sureñas, que acabaron por ser efectivas y oportunas. Quizá en varios momentos del año pasado en los que llamaste a mi puerta, mi cabeza estaba ocupada

haciendo creer al corazón que también lo estaba, pero tu insistencia hizo que en otra de esas ocasiones me encontraras totalmente vulnerable por culpa de una fatal cadena de desencuentros —tampoco tantos, estoy dramatizando un poquito—.

Quizá, tras varios años inmerso en el reproche, todavía no he salido de ahí y el papel lo tengo muy bien aprendido, por lo que saltarme el guion y explorar la improvisación es para mí un arte francamente complicado. Ya que te prometí total sinceridad, voy a añadir que, después de haberme encerrado para escribir, de haberme centrado y concentrado, pensé que ya lo había superado todo.

Si yo estoy ahora aquí es porque me confesaste que tenías una relación con un tal Fede, que no te daba lo que tú querías o que al menos revelaba tus necesidades no cubiertas. Una relación que te permitía conocer a otros y que quedaba interrumpida, asegurabas, en el momento de conocer a un tercero. De hecho, habías pasado antes por esa situación: estar con un chico que ya tenía un novio oficial a kilómetros de distancia, pero que cuando este aparecía, tú desaparecías para él. Menuda negación la mía al no dar significado a tanta explicación introductoria y descriptiva por tu parte.

Llegaron las fiestas de Navidad, los regalos, las cenas en familia, varias llamadas al día y carruseles de fotos para acercarnos más a lo que el otro vivía. Recuerdo la Nochevieja, cuando charlamos por teléfono durante veinte minutos entre el griterío de la calle. Tú con tus amigos, yo con los míos. Todos cómplices de lo que parecía cocerse.

—Lo que realmente quiero ahora mismo es estar contigo pasando la primera noche del año —me repetiste varias veces mientras yo no dejaba de sonreír.

Fue entonces, recién estrenado el año, cuando sugeriste a Fede una ruptura y a mí que pasáramos juntos un finde largo, sabiendo que yo no proponía ni un colegueo ni ser amigos con derecho a roce, que semanas deambulando en un ligoteo continuo no iban a acabar en un par de polvazos, porque para eso me ahorraaba energías con algo más básico y fácil. Teniéndolo claro yo, y supuestamente tú, quedaba invitado.

Ese finde coincidía con tu cumpleaños, que ibas a celebrar con amigos de tu ciudad que vendrían a Madrid y entre los que estaría Fede. Es cierto que lo organizaste todo para pasar la mayor parte del tiempo conmigo. También es cierto que tu intención era cenar una noche con ellos. Intención y acción: una noche con tus amigos, el resto conmigo.

Pero los motivos subyacentes comenzaron a ver la luz y, sin darme cuenta, fui testigo de una maniobra estratégica —no premeditada pero evidente— en la que yo solo era una pieza significativa y digna de ser utilizada.

La llegada a mi apartamento fue el momento elegido para lanzar un reportaje fotográfico en redes sociales sobre el ligue que habías conquistado.

—¡Qué bien te lo has montado! —El sarcasmo presente en el *feedback* de Fede llegó de forma casi inmediata a tu *wasap*, y compartiste conmigo tu satisfacción ante aquella respuesta. Primera señal de tu inconsciente llamada de atención hacia él.

Iluso de mí, me bastaba y sobraba con tu compañía, sin atender a elementos externos, por lo que me dediqué a planificar diferentes *tours* que sabía te emocionarían, siempre pendiente de tus reacciones. Conociendo tu fascinación por la flora y la fauna, dividí una mañana entre la visita a los sorprendentes árboles del Parterre del Retiro, fotografiándonos como buenos turistas en la puerta de Felipe IV, y la visita al descuidado Jardín Botánico que, lejos de decepcionarnos, nos sirvió para encontrar motivos de burla irónica por el precio de la entrada.

Disfrutar de la gastronomía es algo que despierta todos mis sentidos, porque seducir a través del

estómago es un hecho más que probado. Poder comer contigo en uno de mis restaurantes favoritos del Barrio de las Letras fue maravilloso. Esperar hasta las siete para acceder al Reina Sofía y visitar únicamente el *Guernica*; conocer los antiguos trenes de Metro estacionados en Chamartín; engullir el mejor burrito que se hace en mi barrio con algunas cervezas, las suficientes para poder conversar sin que la lengua se nos trabara; visitar el Rastro callejuela arriba, callejuela abajo entre el tumulto, riéndonos y besándonos ante cualquier puesto. Fueron momentos en los que creía formar parte de ti, de un modo muy distinto al que tú te imaginabas.

Durante cinco días recorrimos rincones románticos de la ciudad, te descubrí mi pasión por la cocina y mi entrega en la cama. Durante cinco días alcanzamos tal nivel de complicidad que me contaste uno de los aspectos de tu vida que no solías compartir con nadie. Apenas un par de amigas, tu hermana y Fede eran los únicos a los que te habías abierto. Y aunque tu día a día estaba muy bien gestionado, sentías la presión social que te impedía expresarte con mayor libertad. Necesitabas una respuesta amable, sin enjuiciamientos. Encontraste en mí esa confianza.

Si yo estoy ahora aquí es porque recibir aquella información me hizo sentir que pertenecía a tu mundo, y por ello realicé una equivocada correlación de ideas que evidenció mi entrega. Lástima que, caminando sobre seguro, no tuvieras el valor suficiente y que el mero hecho de estar ahí no fuese recompensado por tu parte debido a lo fácil de la situación. Las argumentaciones acerca de tus sentimientos fueron cambiando del «tenemos las cosas muy claras» al «solo yo tengo las cosas claras», para acabar finalmente en «no lo tengo nada claro». Y lo que fue «yo jamás seré su novio si deja a su chico y esto lo hemos hablado» se convirtió en un «quizá siga con él».

Al quinto día llegamos a la realidad anticipada. Cualquiera (excepto yo) se hubiera podido imaginar el desenlace: Fede quería reconquistarte, pasando así de un lado al otro del abanico de posibilidades. Lo que parecía un lugar de encuentro para los dos se convirtió en una lucha inconsciente de nuestros sentidos. Aquellos que nos habían acercado. Los que te hicieron reconocer tu infelicidad y los que me hicieron tropezar de nuevo con la misma piedra, esta vez convertida en una cantera de algún grueso mineral. Pregunté dónde quedaba yo sin obtener respuesta ni solución, más allá de darte tiempo y tranquilidad. Asumiendo mi papel, viví a través de tus redes los viajes y las *stories* diarias sobre cientos de monerías sin importancia y tu presunta felicidad. Un par de mensajes para desenmascararla o confirmarla no dieron sus frutos; tú no disponías de tiempo y a mí solo me quedaba aguardar.

De igual modo que la información sobre ti llegaba de manera digital, también lo hizo la de tu reconciliación con Fede. La misma valentía de antes quedó demostrada después.

Si yo estoy ahora aquí es porque mi ceguera fue completa y porque fui el instrumento de tu reconciliación. Con total sinceridad, afirmaré de nuevo que no te conocía como el manipulador que fuiste en la misma medida en que tampoco me conocía a mí mismo.

Isleño

La buena acogida del libro trajo consigo una nueva propuesta por parte de Laura que, movida por los sorprendentes números de ventas generados ya en el lanzamiento, me planteó rizar el rizo de las enrevesadas historias de Eric y Dave.

A pesar de la demostrada experiencia de mi editora y de su buen ojo en el negocio, no accedí a su petición. Había dejado en esa trama una parte importante de mí y preferí mantener la otra parte intacta, así que la convencí para dar un nuevo rumbo a mi trayectoria de superventas y sumergirme en la comedia. Aceptó a regañadientes, después de prometerle que, en un futuro, podría retomar a mis dos tortuosos protagonistas. Meses después le presenté el borrador y en poco más de un año publicamos la siguiente novela, caracterizada por los hilarantes giros de los personajes, los más almodovarianos que pudiera haber creado: Matías y Julio, llenos de colores, luces y ornamentos.

El viernes de la presentación invité a un seguidor que me había escrito hacía tiempo porque quería conocerme. Era isleño, guapo porque sí, de manera objetiva. Aunque era modelo, su sueldo procedía de su trabajo como dependiente.

Con este comienzo tan superficial, no es de extrañar que después del evento continuásemos con lo nuestro en la habitación del hotel donde se alojaba.

Más allá del tema carnal y de mi pasión por los acentos, el chico era más interesante de lo que mis prejuicios me habían hecho esperar y acabamos disfrutando de un fin de semana completo de paseos y risas. Ese buen rollo desapareció tras el despegue de su avión. Después vinieron varios viajes a la capital en los que no me llamó y mis consiguientes reproches, a los que puso como excusa su falta de tiempo. Por supuesto, me repitió que tenía un gran interés en que nos volviéramos a ver, y yo me convertí en el amante histérico que reclamaba un poco de atención. Obviamente, dejó claro una y otra vez que sus ganas de seguir conociéndome eran reales, silenciando cualquier queja por mi parte. Mi propuesta de hacerle una visita un par de meses después y su pretexto inventado como respuesta acabaron por herir mi ego, que recibió un desplante aún más hiriente: «A ti lo que te molesta es que yo no quiera nada contigo». Con perplejidad, no añadí nada más ante la inestabilidad y las contradicciones de este entrañable fan.

Yo, que soy de seco, me mareo con tanto oleaje. Mi desorientación para fijarme en un pretendiente es tan grande como para rechazar las ideas de mi editora. El resultado de ambas decisiones está tocado y hundido.

Seis estaciones

Hoy me he levantado pronto. Quería desayunar tranquilo. Pongo el telediario y las noticias son más de lo mismo: desavenencias políticas nacionales, conflictos bélicos internacionales y algún asunto futbolístico. Incumplo mi objetivo diario de ir con tiempo suficiente y salgo tarde de casa. Entro en el metro corriendo y consigo sentarme. Hoy debe ser un buen día. En los cascos sigue sonando mi *playlist* de las mejores canciones del pasado Festival de Eurovisión.

«Debería cambiar de *playlist*», pienso, pero no llego a hacerlo porque hay un chico frente a mí que me mira discretamente.

Transcurren seis estaciones entre miradas, disimular que leo Twitter y mirarnos de nuevo. Él, rubio, delgado, guapísimo y con una obvia timidez que le hace incluso más atractivo. Llega la sexta parada y debo levantarme, pero él se adelanta y también se baja en la misma estación. Nos miramos y hay una sonrisa cómplice.

Es el momento. Salimos del metro y nos dirigimos al transbordo del Cercanías. Qué suerte la mía. Pasamos el abono por los tornos, cada uno por uno diferente, sin perdernos de vista. Los dos elegimos la misma dirección. La pantalla anuncia que el próximo tren efectuará su llegada en un minuto. El rubio sigue mis pasos. Yo decido correr para no perder el tren. Él se queda atrás.

Han transcurrido seis estaciones sin haberlas aprovechado adecuadamente.

Semántica moderna

Nos conocemos, tenemos una conversación amena y echamos un polvo. Me dices que nos podemos ver la próxima semana y me parece genial. Intento quedar contigo en las tres semanas siguientes, pero parece que tus horarios son incompatibles e inamovibles y siempre acabas con una promesa de que la semana siguiente será la semana, por lo que no vuelvo a intentarlo una cuarta vez.

Unos meses más tarde, encuentro tu *wasap* perdido y te escribo preguntando qué tal estás después de tu desaparición. La conversación provoca ciertos comentarios y degenera en la demostración de, según tú, mi total inmadurez.

Así que, con mi falta de madurez, recibo tu clase magistral acerca del buen hacer y, sobre todo, del buen decir, y aprendo contigo pinceladas de semántica moderna en las que me enseñas que un «nos vemos la semana que viene» significa «ya nos veremos». La infinita sabiduría de tus clases de interpretación me ha servido, además, para comprender por mí mismo las derivaciones del lenguaje, ya que un «ya nos veremos» es realmente un «no nos veremos».

Agradecido, espero madurar en un futuro gracias a ti.

En un futuro

«He decidido emprender y apenas tengo tiempo para nada».

«Voy al pueblo de mi padre porque necesito desconectar, como te puedes imaginar».

«Ya lo siento, pero estas semanas Hacienda, la Seguridad Social, el abogado, el asesor y el franquiciado me están quitando el sueño y todas mis energías».

«Viene mi amigo de Granada unos días. Saldremos por el centro a tomar unos *gin-tonics*».

«Imposible esta vez, estoy con las obras del local y ya sabes que al final uno tiene que estar encima de todo».

«Estoy tan agotado que unos días en Berlín me vendrán de perlas».

«Qué casualidad, el finde que viene tengo una boda».

«Ya hemos empezado a entrevistar al personal y es un proceso que se alarga demasiado».

«Viajo a Londres a reunirme con mis socios europeos y a la vuelta hacemos por vernos, sin duda».

«La apertura del negocio me está generando un estrés infinito».

«Mi familia viene a visitarme unos días y debo pasar tiempo con ellos».

«Por cierto, estoy conociendo a alguien. No me parece bien quedar contigo en estos momentos. ¡Quién sabe en un futuro!».

El artista

Te sigo por redes desde hace tiempo. Tú también me sigues, pero nunca hemos compartido ningún comentario. Un chico guapo que me alegra la vista y el oído con sus fotos y sus canciones diarias.

Me invitan al teatro y, sin saberlo, ahí estás, en un papel protagonista. Me hace ilusión verte y escucharte, e incluso me gusta pensar que tengo cierta proximidad a ti. Proximidad extraña e inventada por esa falsa sensación de conocimiento que dan las redes sociales. Cuando acaba la función, no dudo en escribirte un mensaje privado dándote la enhorabuena. Mientras me despido de mis amigos y vuelvo a casa, recibo tu respuesta:

—Me hubiera gustado que me dieras la enhorabuena en persona.

Dicho y hecho. Me doy la vuelta y desando lo andado. Nos encontramos en una cafetería y descubro que detrás del artista guaperas se esconde un chico tímido, inseguro y testarudo. Y sí, mucho más atractivo de lo que esperaba. Me recuerda a las amapolas de mi pueblo: frágiles y duras al mismo tiempo. La charla nocturna acaba con un paseo por Gran Vía y el *instagramer* que canta sugiriéndome:

—Te acompaño a medio camino a tu casa.

Promesas

Se fueron los besos sin motivo, con los que conseguías que yo fuera alguien mejor.

Se fueron los abrazos, esos que siempre me consolaban instantáneamente.

Se fueron tus miradas sugiriéndome que me callara antes de que mi boca-chancla volviera a cagarla.

Se fueron tus caricias, pero ante todo me duele la marcha de aquellas que no tenían que ver con mi piel.

Todo porque te quise mal y cuando cerraste la puerta, mis promesas también se fueron contigo.

Mis ansias

Llegar a Madrid con las maletas llenas de ilusiones, sueños, metas y muchos pajaritos. Elegir la capital para preparar el MIR con las mismas ansias de comerse la ciudad.

Siento el *spoiler*, pero el comienzo ya anticipaba el desenlace. Sé que el hecho de haber protagonizado hace dos décadas esta misma historia incrementa las posibilidades de acierto.

Después de años de ruda disciplina, horas de biblioteca y fina precisión práctica, pudo terminar Medicina en los años estipulados, al contrario que muchos de sus compañeros. Un privilegiado del orden y la templanza.

El cambio de ciudad, sin embargo, echa por tierra ese entramado de buenas intenciones y, durante las clases, que son duras y requieren nuevas dosis de disciplina, no deja de entrar a su Instagram de forma adictiva. *Likes*, comentarios, búsqueda de aprobación e inversión de tiempo. No consigue que su cuenta crezca tanto como quisiera y tampoco logra concentrarse en sus clases. Fiestas por descubrir: la WE y los chulazos, los viernes en Boite, algún Baila Cariño, domingos de Tanga y, por qué no, Kluster para los momentos más tórridos. Tantos nuevos chicos que catar y tan poco tiempo para alimentar esas ganas de vivir. Recuerdo esa misma sensación al descubrir el glamur del Pasapoga, el petardeo del Tábata y mi fanatismo por desgastar las noches del Ohm. En ciertos momentos de dudas, siempre estaba él, ese chico formal en el que resguardarse y al que acudir, ese al que siempre fue más fácil contarle las debilidades.

Hasta que le devuelve sus propios comentarios, sus propias dudas y sus propios argumentos, y entonces le parece tosco, bruto o incluso desacertado, con lo que el doctor en ciernes le recuerda que no le ha dado vela en este entierro.

Ahora, meses después, sigue teniendo las mejores fiestas, un Instagram sin tantos *likes*, el MIR totalmente desechado, un ex y unos anhelos devorados por la ciudad. Tus ansias eras las más cuando aterricé en la capital. Son las mismas ahora, superando con creces la treintena, aterrizando quién sabe dónde.

Zalamero inconfeso

—¡Qué guapo eres! —repetía Luis mientras Juan le sonreía, ligeramente incrédulo.

—Anda ya, eso se lo dices a todos —sermoneaba Juan, esperando la réplica que sabía vendría a continuación.

—¿Qué te crees? ¿Que no soy selectivo?

—Zalamero, eso es lo que eres, un zalamero.

Y así se duplican las conversaciones cambiando de protagonista: con el chico de enero, con el de abril y también con el de octubre. Juan se lo dirá a Javier, a Michael y a Pedro, que siempre le devolverán la misma respuesta. Y aunque no acabará de creérselo, Juan busca una y otra vez esa contestación por parte de sus conquistas. El mismo halago repetido, la misma esperanza teñida de desconfianza, el mismo comentario vanidoso y la misma reprobación cariñosa. Juan llega siempre a la misma y condenada conclusión: todos son unos zalameros.

—¿Y lo guapo que eres? —preguntaba Juan a Adrien.

—Eso se lo dirás a todos —le respondía Adrien levantando la ceja.

—¡A mí no me gusta cualquiera!

La paja en el ojo ajeno. Por supuesto que yo tenía calado a Juan antes de conocerle, mucho antes. Me lo presentaron un domingo de esos sin planes por La Latina y, tras horas de charlas animadas y cañas enlimonadas, me acerqué para susurrarle al oído con la clara intención de llevármelo al huerto:

—¿Cuántos han alabado ya tu belleza en lo que va de día?

Y me llamaban zalamero, sin ser yo nada de eso.

Gilipollas

Te entra un tío por Instagram, uno de esos que tienes por *follower* y que no está mal. Podrías decir que es guapo, tiene buen cuerpo e incluso parece simpático. Y aunque estás en el período boicoteador de ponerle pegas a todo, te preguntas por qué no. Cuando vuelvas de tu semana de vacaciones, quedaréis. A tu regreso, el chico no insiste y tú tampoco mueves un dedo. Y así pasan las semanas. Aparece un discreto «hola» en tus mensajes y tomas consciencia de que tu desidia no te lleva a nada, así que le prometes que después de Fallas os veréis.

Ya no son semanas sino meses. Y te quejas en tus redes de la rapidez del sexo por el sexo, de la

falta de compromiso y de la dificultad de conocer a alguien.

Publicas un mensaje pidiendo que alguien que tenga una cámara te haga fotos para tu perfil y recibes un mensaje privado:

—¿Es tan triste que vas a quedar conmigo si te digo que tengo una Canon? :P

—No, hombre, contigo tengo que hacerlo para no quedar como un gilipollas.

—La verdad es que tienes toda la razón.

—Si tú eres gilipollas, me da igual quedar yo como un gilipollas.

Y así, pasas de querer evitar parecer algo a llamárselo al otro. El boicot sigue siendo tu método preferido.

El retrato

Hace mucho que me dijiste que querías retratarme, mientras compartías conmigo tus gustos, opiniones y experiencias cada vez con mayor frecuencia.

Quizá empezamos a dibujar ese retrato en la cama en lugar de en el estudio, siendo el espacio más inapropiado para un comienzo.

Hace mucho que me dijiste que querías seguir perdiéndote entre mis sábanas, pero no encontré más tiempo para ti. Fue justo cuando dejaste de compartir tus gustos, opiniones y experiencias.

Quizá que no aparezca por tus exposiciones tenga alguna relación con ello. Quizá sentí que ese retrato no tenía más proyección que la carnal.

Hace mucho que ya no disfrutas de mi lado más lascivo y por ello dejé de interesarte mi lado más fotogénico.

Del 1 al 5

La discreción es su máxima. Lo de la visibilidad, el activismo y la naturalización no es algo que ponga en práctica. Porque él se define como «normal».

Del 1 al 5 es la puntuación que adjudicaba a sus ligues después del primer polvo. En sus Notas del iPhone tenía un listado sustancialmente largo, con más de dos docenas por año, de los maromos que se había trajinado.

Del 1 al 5 es la puntuación con la que categorizaba, después del primer polvo, a cada pareja sexual como mayor o menor portento de la naturaleza.

Se vanagloriaba de sus hazañas carnales y de haber dejado tras de sí varios cadáveres entre actores porno y chaperos que se habían sorprendido por su lujuria y solo habían alcanzado las notas más ínfimas de su tabla.

Del 1 al 5 es la puntuación que recibían sus parejas, también con notas bajas, porque obviamente él prefería fijarse en otros atributos que no en los revolcones entre las sábanas. Las cuotas más altas eran para el disfrute con otros.

Y, sabiendo que te están puntuando, ¿quién puede frenar su curiosidad? Saber mi puesto y poder comprobar quiénes y cuántos me superaban en su panel de acróbatas sexuales me aterraba y atraía por igual. Las comparaciones siempre me generaron inseguridad.

Ofensor ofendido

Durante la cena, al terminar el evento de turno, le confiesas que acabas de salir de una relación que te ha dejado tocado porque, después de unos meses, el otro tuvo la desfachatez de decirte que no quería seguir como pareja pero tampoco perderte.

Mario ni siquiera intenta disimular su gesto de rabia para dejar patente que no está a tu lado buscando amistad y que tu confesión ya le previene del típico «estoy pasando por un mal

momento». Tú percibes su falta de hipocresía, pero, a partir de entonces, en lugar de alejarte, reclamas a diario su atención y al final la consigues. Se suceden los jueves de Netflix en su casa, en los que te demuestra que se siente atraído por ti. Y aunque agradeces sus esfuerzos por refrenarse, llega un día en el que la razón vence al corazón y Mario decide no seguir con un juego en el que siempre pierde. Tu respuesta es que no quieres perderle. Ante su protesta, le destierras al olvido al sentirte ofendido.

Meses después, le envías un mensaje como si no hubiera pasado nada, pero le ocultas que sigues con aquel que te hizo tanto daño. En realidad nunca hubo una ruptura, sino miles de disputas. Lo que no sabes es que Mario conoce perfectamente tu juego y que, a estas alturas, le importas un bledo.

Notificaciones

Es tu cumpleaños. No nos hablamos desde hace seis meses y las notificaciones de mi agenda son las únicas que suenan después de que me bloquearas en todas tus redes. Aunque, en realidad, no sé por qué no lo hiciste con el modo de contacto más básico: mi número de teléfono.

Hace tiempo que aprendí a enterrar el orgullo bajo tierra, así que tecleo tu nombre en WhatsApp. Abro la conversación y te felicito: «Que pases un buen día». Cierro el chat.

Me olvido por completo de ello hasta que recibo una notificación: «Gracias. Tenlo por seguro».

Nunca hubo otra conversación. Nunca hubo nada de vuelta. Nunca hubo nada más.

La camiseta gris

Desde hace tiempo has decidido que vuestra relación se ha acabado. Has determinado unilateralmente que no funciona. Has sentenciado y dispuesto, así que te sientes libre y tiras la caña a ese chulo tremendo que seguías por redes sociales y cae en tu anzuelo. Evidencias tanto tu apetito sexual como tu formalidad en lo que a las relaciones se refiere. Ha sido fácil.

Ni una semana tardas en aburrirte y decides desaparecer contestándole con monosílabos. Pero te aburres de tu propio aburrimiento y un jueves le llamas después de cenar con tus amigos. Es tarde, pero él se muere por verte. De nuevo, ha sido fácil.

Sexo desenfrenado y cucharita para dormir. A la mañana siguiente, te deja remoloneando en su cama mientras él se va a trabajar. Ya solo y descansado, te levantas, desayunas, te duchas y coges una camiseta gris de Nike que te sienta como si fuera tuya. Te tomas al pie de la letra su invitación: «Esta es tu casa».

Aprovechando que son las fiestas populares, por la tarde organizas un botellón con tus amigos y hablas de tu conquista. Te advierten de que ese chico tiene cada semana un nuevo encuentro sexual, así que tu moral te empuja a acabar con esta seudorelación. Has decidido que no funciona. Sentencias y dispones, así que te sientes libre de nuevo. Sí, así de fácil, otra vez.

Vuelves a desaparecer y, ante la insistencia de ese follador incansable, le revelas lo que te han contado sobre él y no aceptas réplica alguna. Muy fácil.

Ahora tienes un motivo, una excusa y una camiseta nueva para perseguir un nuevo objetivo, aunque realmente nunca los necesitaste.

Madurar

Quiero tener novio, pero me entretengo con chicos desfilando por mi cama y enlace uno con otro.

Quiero algo más que un polvo, pero cuando me dices que quedemos de nuevo, pongo infinitas

excusas para alargar la situación.

Quiero invitarte al cine, pero cuando me tocas la mano, te digo que vas muy rápido.

Quiero algo serio, pero siempre pienso en que algo mejor está a la vuelta de la esquina.

Quiero seguir viéndote, pero rechazo cada una de tus propuestas y te aseguro, eso sí, que cuando menos te lo esperes, llamaré a tu puerta.

Quiero madurar, pero sigo actuando igual.

Falsa modestia

Te sirvió la que utilizaste conmigo. Debía tener las defensas bajas mientras escuchaba a tus ojos azules.

Me creí tu inseguridad basada en no ser físicamente como los actores porno o los Mr. Universo que circulan por el mundo *online*; esa constante vuelta al pasado en el que no aceptabas tu físico; esa necesidad imperante de destacar en el entorno de los cánones normativos. Me creí que no te quisieras lo suficiente, a pesar de que todos pudiéramos ver que habías logrado tu meta, porque para normativo deseado, tú entero. Nadie podría negarlo: 1'85, cara de ángel, cuerpo de bombero, voz de locutor y estudiante de ingeniería.

Me creí incluso que yo era físicamente tu tipo cuando tus ex estaban diseñados por tu mismo patrón. Y, aunque pudiera encontrarme dentro de ese canon establecido, objetivamente no alcanzaba sus niveles de escultura renacentista.

El diseñador y el enfermero no te creyeron. Al primero, con un sobrepeso considerable, y al segundo, muy por debajo de la estatura media, les vendiste la misma moto que no te compraron. Ellos no quedaron deslumbrados por el envoltorio. Ellos, que no entraban en el actual canon de belleza, te vieron venir y no se creyeron ese cuento que yo sí creí. Ese cuento que utilizabas para engrosar tu listado de víctimas crédulas: ese cuento tan falso como tu modestia.

Peces en el mar

Un mar con mucho oleaje. Así es tu día a día. Mañana ocupada trabajando. Tarde ocupada trabajando. Mediodía con el tiempo justo para pasear a Laika y comer.

Incluso hacer la compra es una tarea imposible excepto a horarios intempestivos. A esta actividad laboral hay que sumar que dos fines de semana al mes también te pones el uniforme. No hay una laguna tranquila entre tanta catarata vital.

Meriendas con un chico después de haberle tirado la caña durante meses. Aunque tu vida de ministro te impide tener un acercamiento real, insistes hasta que cae en tus redes. Y, una vez pescado, le devuelves al mar porque estás muy ocupado. El chico se enfada, pero cualquiera podrá entender tu situación. Cualquiera al que no le cuentes que fuiste a pescar sin tener respeto por la naturaleza.

Empezar mejor

Un calentón, un vistazo rápido a Grindr y un polvete. Algo tan usual como anodino si no fuera porque me preguntaste si podías quedarte a dormir.

El desayuno fue extraño pero diferente y me pediste amistad en Facebook, Instagram y un nuevo encuentro con cena incluida. Y a esa cena, un domingo, se unió nuestra pasión por la comida —más que por la cocina— y por *Masterchef*.

Pasamos de reírnos de las seducciones ilimitadas de Boris a sorprendernos con el tremendo compañerismo de Vaquerizo, a emocionarnos con la expulsión de nuestra adorada María Castro y a enamorarnos de la serenidad de Paz Vega. Domingo tras domingo, revisábamos las ocurrencias sin fin de Abel Arana en Twitter con cada situación melodramática del programa sin que dejara títere con cabeza. Y, aunque alguna noche mi sueño me ganaba la batalla sobre tu pecho en el sofá, al final los lunes comenzaban con legañas, bostezos y de nuevo contigo.

Nuestras citas tenían el mejor de los propósitos: acabar bien la semana para empezar mejor la siguiente. Alguna otra noche habías aparecido en mi casa porque me echabas de menos, pero los viajes laborales no ayudaban a que tus visitas fueran más frecuentes.

Dos mañanas después del último *Masterchef*, me desperté con unos picores que finalizaron tras una buena capa de permetrina por todo el cuerpo.

Sin duda me tocaba comentarte la nueva circunstancia y lo hice con la mayor naturalidad porque en mi balanza pesaban más otras emociones que la ira hacia ti. Las buenas intenciones no siempre traen consigo buenos resultados y decidiste no acabar la semana del modo en que lo veníamos haciendo durante ese mes. Me emplazaste al siguiente domingo y entonces a otro indefinido. Quizá lo aplases hasta la final del programa. O quizá hasta que valores que entonces empezábamos mejor las semanas.

Declaración de intenciones

Me da absolutamente igual que pienses que soy un pesado.

Me importa una mierda que mis amigos digan que me arrastro o que no me entiendan.

Me es indiferente que quieras convencerme de que la distancia hace el olvido.

Me la trae floja que quisieras salvarme de tu camino encharcado.

Te mandaré un mensaje cada semana preguntándote si estás bien y si te estás cuidando.

No voy a dejar de hacerlo hasta que me digas «basta», porque el silencio no es una respuesta.

Y quizá algún día, cuando acabe tu peregrinación por esos brazos que utilizas para olvidarme, despiertes.

Porque lo que sí soy es un tipo que quiere estar en tu camino sin ser salvado. Un tipo que se ocupa de lo que le importa. Y lo que me importa eres tú.

ASALTO 3 ENCONTRAR(SE)



«No me digas nada
cuando ves que en mi mirada
hay más lanzas que pestañas».
Xabier San Martín

Las flores del sábado

Hoy he conducido toda la mañana. Salí con la intención de comprar cartuchos para la impresora. Podría decir que no hay cosa que odie más que ese momento en el que vas a imprimir y el folio aparece borroso y manchado, pero estaría dramatizando un poco. Me fastidia, eso sí, y lo compenso con unas horas sin más al volante. Casi sin darme cuenta, llega la hora de almorzar y me encuentro a las afueras de Madrid. Para darle sentido a esta mañana sin rumbo, decido ir al centro comercial más cercano. Meto el coche en el *parking* y subo a la tercera planta. Aunque tengo la comida esperándome en la nevera, opto por sentarme en una de las mesas de metal del bar donde

sirven menús. Me desplomo en la silla, que chirría sonoramente. Cuando se acerca la camarera, le pido una ensalada y un filete de ternera con patatas fritas: un clásico del «quiero y no puedo atenerme a una dieta».

Con el café servido, sabiendo que mi próxima novela está esperando con su primera página en blanco, encuentro que es el momento idóneo para encender el iPad y dejar que mis dedos tengan un nuevo encuentro carnal lleno de lujuria con sus teclas.

Sin embargo, los párrafos que escribo están en las antípodas de lo que debiera ser un relato sexual. Una abuela, sus historias y un nieto. Me he alejado de las tórridas escenas en las que suelo involucrar a mis personajes. Durante unos segundos, pienso en que forme parte de la nueva novela, incluso que sea el comienzo: quería abordar la temática familiar, las necesidades afectivas, la niñez y las relaciones del círculo más próximo. Me acomodo en el respaldo, respiro con profundidad y guardo el iPad en su funda. Pago el menú y me dirijo hacia las escaleras mecánicas, que favorecen mi ensimismamiento y despiertan mi deseo de volver a trabajar con niños y poder participar de su evolución y aprendizaje. Pero, ante todo, de aprender de ellos. En ese período de confusión, destrucción y abandono por el que he transitado, ellos han sido la base para encontrar el camino. No dejo de pensar en cómo las experiencias de la vida nos marcan sin escapatoria. Están presentes en las siguientes que vivimos. Nos condicionan y nos enseñan. Aun así, tenemos la fuerza para cambiar de senda, para dar un giro y avanzar sin estancarnos. Somos lo que hemos vivido, pero, sobre todo, lo que hemos aprendido. ¿Cuántos días lluviosos de mi adolescencia hubieran sido menos desapacibles teniendo una mano rugosa acariciándome el pelo? Un saber qué decir, un suave abrazo y un silencioso beso en la frente. Esas ternuras que una abuela regala incondicionalmente. Esos días en los que uno sabe que se ha equivocado, pero no encuentra la forma de rectificar o, más bien, ni siquiera entiende el porqué de una rectificación. Esos días en los que perdonar cuesta una barbaridad y se instala un nudo marinero en nuestro estómago. Esos días que se podrían mejorar con la sabiduría que no se escribe en libros de autoayuda ni en tesis doctorales de investigaciones psicológicas, pero sí en las incongruencias que nos muestra la vida. Esas que nos obligan a acertar con la, en ocasiones, difícil coherencia de la sensatez.

Pasado el ecuador de mi treintena se han presentado, sin haber sido invitados, esos momentos sombríos. Llegaron sin el consuelo de un cuento narrado con una voz grave y aterciopelada; un cuento que me reconfortara y me colocara en la ruta adecuada que ni siquiera lograba atisbar; un cuento que guiara mis pasos de adulto y ordenara mis pensamientos. El cuento no llegó y el caos se estableció de manera perpetua, cuando los días de verano siguieron siendo grises aunque el sol brillase.

Por aquel entonces ya me había tatuado el título de la balada más sensual y lasciva de Mecano, unos caramelos con sus envoltorios enroscados, los tallos de unos rosales con sus pequeñas y afiladas espinas, unas mariposas geométricas revoloteando al modo del genial Escher y los labios carnosos de la Minogue. Todo de forma dispersa a lo largo del brazo izquierdo. Podría decirse que parecía un verdadero cómic andante y aunque ahora mismo quizá esto pueda verse como un rasgo de normalidad, en aquel entonces yo me sentía decorado con un arte diferenciador. Todos los dibujos tatuados en mi piel eran expresiones del amor en las más variadas —y metafóricas— vertientes, pero aun así sentía que ese proyecto artístico estaba inacabado.

Ya en casa, me dirigí de forma inconsciente hacia el altillo y, sin saber por qué, cogí una pequeña caja de madera que contenía decenas de tesoros infantiles. Su tacto me trasladó inmediatamente a mi tierra, a la fuerza, a las raíces... a todo lo que se estaba tambaleando sin yo ponerle remedio, y cerré los ojos para sentir lo que durante muchos años había subestimado. Mi

origen cobró importancia por arte y gracia del poder imperfecto y firme de la madera. Tomé la caja y me senté en el suelo, dispuesto a que ese sentimiento que se apoderaba de mí siguiera creciendo. Mi piel estaba erizada y mi memoria selectiva deparaba más sorpresas para mis emociones tras haber despertado al subconsciente que me había llevado allí. La bisagra de la tapa estaba ligeramente oxidada, pero no lo suficiente como para impedir que la abriera con facilidad. Fue entonces cuando mi piel no fue lo único que respondió. Mis sentidos despertaron. Mis manos se apoyaron sobre la caja labrada, mi corazón comenzó a bombear más rápido mientras un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y mis ojos se llenaron de lágrimas. Ahí estaban, guardados durante años sin haberlos revisado ni recordado, los dibujos que aquel rubiales regalaba a su abuela cada sábado. Un lirio, un nenúfar, varias margaritas y muchos hibiscos de diferentes colores. Siempre flores, cada sábado una diferente. El recuerdo del olor a jazmín impregnó mi habitación. Volví a mi niñez y a entender que las flores estaban en mí junto a la pasión de mi aya por enseñar, ayudar y sumar, siempre sumar. Las restas no estaban en su vida y tampoco debían estarlo en la mía.

Sin soltar los dibujos de flores, busqué en el iPhone el teléfono de mi tatuador, al que no veía desde hacía más de un año, y que dejó sonar dos tonos antes de gritarme:

—¡Pero cuánto tiempo! —Una sonora carcajada que contenía sorpresa y cariño por igual me contagió.

—Iván, he encontrado lo que quiero que utilices para integrar todos los *tatus* que me has ido haciendo estos años.

—¿Cómo que integrarlos? —me preguntó de forma socarrona.

—Sí, te mando por WhatsApp los dibujos. —Recuerdo cómo la felicidad se adueñó de mí al verbalizarlo.

—¿Estás seguro del paso que vas a dar?

—Sí, sí, totalmente...

—Yo estoy encantado de tatuarte, no me malinterpretes —me interrumpió—, pero piensa que vas a conseguir que el brazo sea mucho más llamativo si todos los dibujos conforman uno gigante. Y déjame decirte que cuando alguien decide hacer algo tan extremo como colorearse un brazo al completo es porque está viviendo un cambio. A ver, ¿qué es lo que quieres hacerte?

—Sencillamente, Iván, lo que soy.

Natural

Esa caja de madera tallada a mano me la regaló una de las personas clave que han pasado por mi vida y con la que, debido a la distancia, perdí el contacto. Supongo que ella ni recordará ese regalo.

Hace ya veinte años que nos despedimos y no hemos vuelto a vernos, por lo que los recuerdos se almacenan y solo aparecen muy de vez en cuando, exactamente igual que la caja tallada. Estaba guardada en el altillo del armario, donde rara vez veo lo que hay, donde suelo colocar esas cosas que no utilizo pero que me gusta que sigan estando: una carta de mi madre cuando vivía en Londres, una foto con mi padre cuando yo tenía 15 años, una pulsera de hilo roída, un pendiente, un imán de Mecano...

La caja, los recuerdos, ella. Todo me transporta a lo más íntimo de mí. Creo que voy a añadir algún objeto más y a actualizarla. Y no voy a subirla al altillo. Hay cosas que no deberían dejarse en el olvido.

Puzle

Escribir sobre un sentimiento te hace ser más blando. Repasar relaciones amorosas —o desengaños— puede significar que eres un intenso. Fotografarse con menos ropa de la habitual implica estar buscando guerra.

Dramático o superficial, empotrador o chico fino, pasota o extremo... Cada uno ve llover lo que quiere, no lo que realmente cae. A veces hace falta un poco de imaginación y mirar más allá de lo que tenemos enfrente. Porque acertaremos muy poco con nuestra manía de juzgar solo los detalles. Mi abuela decía que nada es ni tanto ni tan calvo. Me encanta la obviedad de la expresión, y lo que supone aplicarla cuando se trata de describir al otro.

Parece ser que es difícil de entender, en este mundo de la visibilidad virtual, que somos puzles formados por muchas más piezas que las meramente visibles, y generalizar particularidades no es la vía, ¿no crees?

Cada cosa merece su debido tiempo. Mejor un poco de todo que mucho de nada.

Disfrazando inseguridades

Explicaciones insulsas que implican prototipos no reales. Él, sí, él, es un exmilitar y su conversación consiste en reafirmar las características preestablecidas —veremos si equivocadas

o no— de dicha profesión.

A él no le gusta la pluma porque, para eso, afirma, estaría con una mujer. Sin embargo, obviaremos sus continuos ademanes con las manos, sus gestos con la boca y las cejas. Porque, dejémoslo claro, él es un exmilitar.

A él no le gusta la promiscuidad del mundo gay porque tiene unos valores y principios muy férreos, pero el Grindr conectado le alegra la vida, o al menos parte de ella.

Él nunca queda para follar, no. Él se toma un café primero, porque es un señor. Y después del café, ya se puede pasar a la cama.

Él critica el exhibicionismo y los *gay-hashtags* porque no hace falta mostrar, es mejor ser «normal». Debe ser porque la exposición carnal es peor que la exposición vital. Él sabe lo que es mejor y lo que es peor, lo que es surrealista y lo que no, pero siempre fijándose en los demás. Todavía intento comprender las causas de la devoción que siente hacia su exprofesión, con la que revela aún no sé qué sobre su persona.

Miles de miedos

Diego tenía miedo a que pasara lo que finalmente ocurrió.

Conoció a un chico de esos que solo salen en las revistas: alto, moreno, sonrisa tímida, cuerpo esculpido en el *gym* y con un magnetismo inigualable. Aitor era realmente mucho más que eso: lo tenía todo.

Esa noche, Olé Olé puso banda sonora a lo que una mirada puede llegar a provocar. Pasaron cinco horas bailando y cantando sin dejar de sentirse el uno al otro. Como dos adolescentes, se despidieron habiéndose prometido volver a verse porque sabían que esa química no era únicamente física. Una semana con cientos de *wasaps* bastó para decidir que la distancia entre sus dos ciudades se reduciría el viernes siguiente.

El temor infundado de Diego a no ser suficiente y a que todo acabara en una noche de verano y la angustia de Aitor por estar armarizado y no ser aceptado por ello se unieron en un desencuentro total. El resultado: varios miedos, dos inseguridades, un bloqueo y ninguna libertad para atender —y entender— que sus pieles y sus corazones les pedían lo contrario. Aitor, negando la realidad, determinó que aquello no fluía. Diego, después de la rabia y el llanto, acabó por callar. Ambos

eligieron el camino más cómodo: engañarse a sí mismos.

Fue una noche de verano y un autobús de vuelta que salió antes de lo previsto. Todas las experiencias sin vivir. Caricias sin expresar. Besos sin probar. Una despedida fallida.

Diego tenía miedo. Aitor también. Y yo no soy menos que ellos.

El sosegado

No siempre el sosiego es sinónimo de raciocinio. Un ejemplo es Dani, ese chico de aspecto tierno cuya fisonomía ya lleva implícita amabilidad y buenos modales —muchas veces sobrevalorados—. Su voz aniñada y suave ayuda a que «adorable» sea un adjetivo para describirle.

Otra de sus cualidades es la de ser amigo de todos los que le rodean, una capacidad difícil de comprender. Su destreza en las redes sociales y su afabilidad le permiten establecer conexiones con centenares de *followers*. Allí donde mires, aparecerá algún comentario de él. ¡Qué maestría la suya!

Entre sus amigos es famoso por intentar ser siempre la perfecta celestina que une a sus conocidos en forma de pareja. Esta habilidad para encontrar parejas por doquier tiene a veces consecuencias negativas de las que Dani nunca se hace cargo, lo que hace que aparezca el lobo bajo la piel de cordero. Tanta superioridad serena se disipa al no aceptar que sus flechas de Cupido no siempre disparan correctamente. Y su diplomacia digital tan bien exhibida se vacía de autocrítica y se llena de (pre)juicio.

Y es que no siempre el sosiego es sinónimo de raciocinio.

Lo positivo

Un buen trabajo. Jose, ingeniero, sobrellevaba con mucha rectitud los conflictos laborales que cada día tenía que gestionar gracias a su tesón y frialdad. Raúl, farmacéutico, contagiaba su entusiasmo y disciplina a su equipo.

Un físico envidiable. Jose, con su entreno constante en *CrossFit*, había conseguido modelar sus músculos y exhibir su perfecto *core* era más fácil. Raúl, con su pasión por la natación, era la envidia de sus compañeros de trabajo, que se maravillaban tanto por sus fibrados músculos como por su inteligencia.

Un signo positivo. Hacía cinco años que Jose había recibido de su entonces pareja un gol que nunca supo encajar. Años sin compartir su realidad ni sus bajones emocionales, buscando excusas para acudir a su cita trimestral y haciendo de la mentira su día a día. Raúl hacía dos años que en un viaje transoceánico tuvo un escaqueo y volvió con un cambio en su sangre. Dos años de confusión, de autoculpabilidad y de refugio en la droga y los *sexchill*.

Una pareja boicoteada. Jose encadenaba novios sin encontrar esa felicidad externa que cubriera la ausencia de felicidad interna. Raúl se autoproclamaba destructivo y huía de quien le mostrase la cercanía, la comprensión y el amor que no se permitía a sí mismo.

Un estigma interiorizado. Jose y su miedo al rechazo familiar. Raúl y su miedo al rechazo personal. Ambos identificaron los clichés sociales y los incorporaron a sus vidas. Indetectables en su tratamiento. Indetectables al amor.

Una esperanza común. John, Blanca, Sandra, Marcos, Peter y tantos otros esperan que Jose y Raúl lleguen a descubrir lo realmente positivo, fuera de la sangre, fuera del cuerpo. Lo positivo de crecer y sentir que son muchos más los que aman y son amados, los que aceptan y son aceptados. Adiós, estigma. Hola, amor.

Mi pie izquierdo

Hoy me he levantado con el pie izquierdo. Sí, el que llaman el pie malo. Ese que se supone que, siendo el primero en pisar el suelo al despertarte, te augura un día de incertidumbres.

Me he levantado con mi pie izquierdo, el que nunca sale de frente en mis fotos de Instagram. Ese que aparece de lado mientras mi pie derecho acapara los planos frontales.

Sí, es mi pie diferente. Evitaré llamarle malo, pero sí diferente. Es el que enseña su perfil en diferentes posturas y el que, por ser retratado de forma original, marca la personalidad de esas imágenes, adquiriendo todo el protagonismo visual. Ese dedo retorcido es un misterio y, por tanto, mi pie izquierdo también lo es. En realidad, el derecho lo envidia, porque como su belleza es pública y siempre fotografiada, le obliga a estar continuamente en perfectas condiciones. Envidia la naturalidad y la frescura de mi pie izquierdo.

Sí, señores, hoy me he levantado con mi pie izquierdo y eso indica que va a ser un día original y, por qué no, un poco misterioso. Quisiera levantarme más días así.

Bendita locura

Siempre me ha gustado mucho la gente arriesgada. Esa que, sabiendo que todo tiene sus consecuencias —a veces buenas y otras no tanto—, se la juega.

Muchos aseguran que esa gente no tiene miedo. Yo creo que sí que lo tienen, pero se enfrentan a él para combatirlo.

Siempre me ha gustado mucho la gente arriesgada porque es de verdad. Apuestan y se involucran.

Muchos opinan que a esa gente realmente le da igual todo y las consecuencias no le afectan. Yo pienso que, por su actitud al afrontar las cosas, demuestran que les importan, porque se posicionan y actúan. Posiblemente les afecta una respuesta negativa tanto como al resto, pero ya cuentan con ella como posibilidad.

Siempre me ha gustado la gente que no evita decir «te quiero» por miedo a ser rechazada. O las personas que anteponen la amistad al egoísmo. Las que se arriesgan siendo valientes, las que se exponen, las que luchan.

Muchos dirán que esa gente roza la locura. Yo también lo creo, y por eso me gustan... porque quizá quiero ser también así.

Normas

¿De verdad hay normas para que una pareja funcione? Pues que vengan y me las enumeren para seguir las a rajatabla, sin rechistar.

Dicen que, al día siguiente de conocer a alguien, no hay que llamarlo, no hay que mostrar interés, porque esa persona se puede espantar. Dicen que, si te enfadas, no hay que llamar al otro. Dicen que, cuando te ilusionas por alguien, hay que tomarse un tiempo, que vivir juntos, por ejemplo, es un paso que requiere eso, tiempo. Dicen que no hay que correr y decir «te quiero» aunque lo sientas.

Entiendo entonces que, según estas normas, hay que disimular los sentimientos, ser orgulloso, echar el freno... Lo que en mi tierra se llama acojonarse.

¿Y qué pasa si soy intenso? ¿Qué pasa si me da pereza el orgullo? ¿Si para mí disimular significa desinterés? ¿Si hay quienes no se han separado desde el momento en que se conocieron y la cosa sigue funcionando? ¿Qué pasa si no me gusta el conformismo mediocre? ¿Qué pasa?

Pues pasa que rechisto. No creo que las cosas tengan su tiempo si hablamos de amor. No creo que haya que buscar un mejor momento. No, no lo creo. Si siento y quiero, apuesto. Así de simple y así de difícil. Es cuestión de huevos y a veces no los queremos echar. Rechisto y no voy a seguir esas normas porque para querer hay que ser valiente. Si no, no se quiere.

Esa palabra

Hay una palabra de esas que parecen banales pero que, en realidad, lo encierran todo, lo abarcan todo.

Hay una palabra con muchos dueños que se quedan sin ella porque no se la devolvemos.

Esa palabra pertenece a quien te hace la comida con igual mimo que cuando estás enfermo.

Esa palabra debería volver a quien te acaricia el pelo mientras duermes en sus rodillas.

Esa palabra es de quien describe tus virtudes cuando ni siquiera tú las ves.
Esa palabra corresponde al que después de aguantar tu bronca, te besa.
Esa palabra es para quien deja que su trabajo se acumule por atenderte.
Esa palabra se refiere al que te regala una sonrisa para conseguir una tuya.
Hay una palabra mágica. Hay una palabra que no es mía, que es tuya; y la tengo guardada. Por eso te la devuelvo: «Gracias».

Fuiste ese

Fuiste ese que me besó por primera vez en un restaurante. Ese que me hizo estremecer bajo las sábanas una y otra vez. Ese del que hablaba a mis amigos con una sonrisa de oreja a oreja.

Fuiste ese que me prestó sus sillas para que tuviera unas en mi casa nueva. Ese que me acompañó a IKEA, a Leroy y a Európolis. Ese que medía conmigo el espacio de mis nuevas mesillas.

Pero también fuiste ese que me ocultó que sabía de mis aventuras en Tinder. Ese que calló esperando a que me sincerase cuando me lanzaba preguntas retóricas de manera nada inocente.

Fuiste ese que se enamoró y que se negaba a dejarme marchar con mi mochila llena de mentiras. Ese que más tarde aprendió que no se había querido lo suficiente. Ese que, a pesar de lo sucedido, se volverá a enamorar, volverá a abrazar, a besar y a querer sin miedos ni engaños. Solo amor, del de verdad.

El tiempo

Ese acompañante silencioso y ubicuo con el que te topas obligatoriamente y que no te brinda respiro alguno es aliado y, a la vez, enemigo. Batallar contra él es una tarea imposible. Admitirlo de forma sosegada es la única vía para que las luchas contigo mismo acaben bien. Tu compañero de viaje te reta a frenar a pesar de tus prisas, aunque eres consciente de que al final él siempre acaba por ponerlo todo en su sitio. En ese período de desorden se suceden las ansias por lo inmediato que no te resuelven los algoritmos creados por las incertidumbres, las expectativas, los miedos, los rechazos y las frustraciones a los que te conducen esos cuerpos que desfilan por tu vida jugando con tu desesperanza.

Cuerpos que prometen el oro y el moro. Cuerpos a los que se lo haces prometer, a los que terminas por suplicar y reclamar lo que nunca te dirán ni te darán. Dimes y diretes transformados en drama e intensidad. Tragedias cinematográficas llevadas a tu día a día entre sábanas tortuosas.

Errores, desventuras y farsas en una montaña rusa en la que pierdes de vista la comedia, las compañías sinceras y las risas, lo ganado y lo aprendido junto a ese acompañante callado y omnipresente.

La carta a los Reyes Magos

Había pedido a los Reyes Magos que le devolvieran a su papá. Los años convirtieron lo que antes eran nimiedades en sólidos anhelos.

Algún domingo, aunque no le interesaba el fútbol, escuchar el carrusel deportivo se había convertido en la manera más retorcida de recuperarle junto a su vieja radio enmudecida.

Perderser por las calles como un autómata era su forma de emular su capacidad creativa, aquella que le llevaba a fruncir el ceño cuando nunca aparecía a la hora acordada.

Había pedido a los Reyes Magos que le devolvieran a su papá. Los años desenterraron al niño

dormido que seguía soñando de adulto. Ese adulto que rastreaba su propio yo, sus porqués y su edificio interno, hallando en la búsqueda miles de obstáculos que quizá un buen arquitecto como su padre podía solventar más fácilmente.

Por más que pasaran las décadas, la carta a los Reyes Magos repetía su contenido.

Ídem

—¡Qué guapo eres!

—Tú también.

—Tengo ganas de verte.

—Y yo.

—Me encantas.

—Tú a mí mucho.

—Te quiero.

—Ídem.

Soy incapaz de empezar. Incapaz de soltarte los mismos piropos y comentarios que tú me dices de manera directa. Incapaz de ser el primero en lanzar el dardo de la vulnerabilidad, de la valentía y de la sinceridad.

Mis excusas baratas sobre ir despacio, sobre querer verbalizar sin sentirme presionado, siguiendo mis tempos y preservando mi libertad y mi espacio, ocultan en realidad mi inseguridad, mi miedo y mi poca fe. Poca fe en mí mismo, en este interior que empuja a mi exterior mientras lucho porque ninguno se altere. Sería más fácil decirte que me derrito por ti. Pero claro, para ello debería aceptarlo. Además, si comenzara a mostrar mis sentimientos, tendrías una razón para añadir que «yo sí que te quiero». Así que esperando a que sea mi interior quien gane la batalla por algún motivo fortuito, me sigo manteniendo firme en mi palabra en clave favorita:

—Ídem.

ASALTO 4 Y NOCAUT QUERER(SE)



«Voy a dejar de odiarte.
Voy a pensar que la culpa no fue tuya y perdonarte».
Alberto Jiménez

Mi héroe

Quisiera que imaginases lo que voy a describirte a continuación. Se trata de una ilustración que recibí como regalo de cumpleaños:

El motivo central es un imponente claymore afilado y reluciente con la empuñadura de cobre que descansa sobre un hombro. La mano que lo sostiene, recubierta por un guante de color oscuro, es símbolo de la virilidad del dueño de esa espada, quien aparece sentado, apoyado sobre su escudo dorado. A pesar de la musculatura, la barba y el atuendo bélico, la serenidad del rostro ilumina la estampa del héroe ilustrado, emanando seguridad y calma.

Podría ser una imagen deseada con envidia sana por algunos y, ¿por qué no admitirlo?, insana por otros, ya sea por su virtuosismo físico o por su apariencia de entereza. Sé que, al imaginarte a este tipo, estás pensando en la suerte que tiene de poder transmitir tranquilidad y aplomo.

«Un manojo de nervios». Lo dijo el médico de familia y lo repitió todo aquel que pudo. Esa es la definición que te han atribuido y, junto a ella, otras tantas que han ido llegando con los años: creativo, centrado, educado y también testarudo, introvertido y diferente. De esa lista que podría seguir enumerando y que conoces tan bien como yo, sé que te centras en la primera de las definiciones, el manojo de nervios, porque se impone a las otras y se hace notar. Es visible, te incomoda que así lo sea, y te amenaza como si fuera tu talón de Aquiles.

«Nada más atractivo que una persona segura de sí misma», estás pensando. La muestra de ello la hallas entre tus compañeros de instituto y en el éxito que los rodea, siendo siempre más populares y pareciendo más convincentes, firmes e incluso valientes.

Excelentes en el fútbol. Te sientes inferior a ellos y esto se reafirma cada vez que acabas siendo el último en el reparto de equipos. Puede que no destaques nunca por tus habilidades futbolísticas, pero ¿acaso es lo único en lo que uno puede resaltar? Encontrarás tu sitio y cuando se elijan equipos, se pelearán por tenerte.

Excepcionales con las chicas. Sientes que ellas no te miran con el mismo deseo que a ellos. Pronto, muy pronto, descubrirás que son tus aliadas y renunciarás a buscar donde no vas a encontrar nada, despejando las incógnitas que te atosigan. Sentirás aquello que llamamos libertad.

Hábiles en las relaciones, con soltura al hablar en público, extrovertidos y sin miedo. Te sorprendería saber las ocasiones en las que te expondrás a las más variadas audiencias y saldrás airoso. Y, además, te toparás con muchos como tú, con muchos que sienten como tú.

Vale, vale, que te hablo del futuro y en realidad ansías poseer la misma proyección que tienen tus compañeros en este mismo instante. Pero hay un detalle a tener en cuenta: esa popularidad es lo que les hace ser decididos y seguros; sin ella, esos valores que les estás otorgando se esfumarían. Porque, créeme, muchos carecen de esas virtudes y no te das cuenta de que eres tú el que las posee. La valentía que envidias está en ti, que encaras los desplantes, los cuchicheos y las risas de la forma más digna. Porque no te rindes, aunque a veces te sientas derrotado. Porque no buscas venganza ni dar rienda suelta al odio. Porque estás haciendo un trabajo fabuloso. Porque caminas sin tener guía del que obtener consejos, sorteando normas que no te representan. He de decírtelo, mereces que te lo diga: eres muy valiente.

En este viaje en el que te sientes solo, no lo estás, y hallarás en qué destacar, a quién desear y cómo expresarte sin ataduras. Déjame adelantarte que lucharás mucho en esta vida y aprenderás aún más. Que nunca vas a tirar la toalla y eso sí que es admirable.

Así que atíendeme, por favor. Las dudas que a veces te nublan la vista irán disipándose poco a poco. Esto es un proceso, uno en el que todo mejora: la duda se volverá decisión y la desconfianza, seguridad. Te lo prometo. Igual que puedo garantizarte que en este camino estarás muy bien acompañado, que evolucionarás y te gustará a ti mismo, ya verás que sí, por dentro y por fuera. No quieras correr, todo va a llegar, y el patito feo que te sientes ahora desaparecerá del espejo en el que te miras. Conoces la historia, no hace falta que te cuente el final.

Tendrás a tu lado a amigos, a amores y, sobre todo, a mujeres. Ellas van a llenarte no solo de fuerza y cariño, serán tu refugio cuando estés perdido, la base desde la que avanzar, el punto de origen al que volver para tomar impulso una y otra vez. Ese matriarcado en el que creces será crucial en un futuro. Déjale al tiempo mostrarte el significado de la igualdad. Lo construirás con ellas y te harán resistente a las batallas. Tu escudo será la diversidad y tu espada, el respeto. No

lo olvides jamás.

Muchos creerán en ti, te lo aseguro. Muchos verán tu potencial. Te toca a ti. Por eso mismo hoy quiero pedirte un favor. Hazme este favor. Háztelo a ti: cree en ti. El día de tu cumpleaños, en un futuro, recibirás un *mail* con aquella ilustración del soldado apoyado en el suelo mirando al horizonte. Encontrarás un texto adjunto que describe al protagonista del dibujo, un texto que no voy a adelantarte, porque lo leerás por ti mismo. Ese texto, lleno de metáforas que te emocionarán, describirá tus virtudes y te describirá a ti, porque ese guerrero dibujado eres tú con unos años más.

Te habrás convertido en un gran tipo para aquellos que te querrán, que estimarán tu seguridad, que agradecerán tu ayuda y valorarán tu cercanía. Te habrás convertido en lo que ahora te gustaría ser. Para muchos serás un héroe, pero ante todo, para mí ya eres un héroe: mi héroe.

Hallazgo sorprendente

Ordenando mi librería caen al suelo un par de libros. De uno de ellos asoma un papel doblado. En realidad es una servilleta en la que se lee: «Me gustaría conocerte, pero fuera de aquí». A la nota le sigue un número de teléfono y un nombre.

Aunque parezca increíble, recuerdo el momento exacto de esta servilleta. Hace años trabajé los fines en un *pub* de Chueca para conseguir un dinerito extra. Fueron años muy divertidos, en los que conocí a muchas de las personas más importantes de mi vida. Esa servilleta, esa nota y ese teléfono eran de un chico asiduo al local.

Nunca marqué su número y quince años después me encuentro preguntándome por qué no lo hice. Su nombre no es nada común e intento localizar en mi memoria fotográfica en qué lugar lo he visto escrito. Busco mi móvil y el chico aparece junto a un amigo mío en su foto de perfil de IG. No lo dudo y le escribo para comunicarle mi hallazgo. Minutos después recibo una respuesta:

—Todavía me gustaría, pero ya no vivo en Madrid.

De nuevo, alguien que se mostraba muy seguro de sí mismo detrás de nueve números que, una vez más, cambiarían mi vida.

Tenedores

Te invito a comer a mi casa. Nada especial. Una pasta, pimientos rojos asados y ternera picada. Lo especial es que es la primera vez que almorzamos juntos. Llegas mientras estoy cocinando y preguntas en qué me puedes ayudar.

—Está todo hecho. —Te guiño un ojo.

—Al menos puedo poner la mesa.

Hago como si no te sintiese, pero estás detrás de mí, mirando cada movimiento, así que me empiezo a ponerme nervioso y mi ya evidente torpeza se acentúa. Accedo a tu petición y apago el fuego mientras acaba de reposar la comida, busco el mantel y te lo doy. Me devuelves una sonrisa perfecta con tus ojos claros. Retiro las flores de la mesa y veo cómo extiendes el mantel. Me gusta el cuidado con el que pasas la mano para evitar las arrugas.

—¿Tenedores? —me preguntas con tu acento americano que me hace mirarte con cariño.

Abro el primer cajón y te los acerco. Me vuelvo para buscar dos vasos y el agua fría de la nevera. Al girarme, estás ahí esperando. Reparto la comida y nos sentamos. La conversación es fácil. Te ríes con mis caras, nos miramos fijamente mientras nos contamos cosas sin importancia y obviamos que la pasta no está al dente ni los pimientos lo suficientemente calientes.

Como ninguno de los dos perdonamos el café, me levanto y elijo dos cápsulas de color verde mientras tú ya has empezado a fregar.

—Déjalo, que yo lo hago después.

—¡Ya lo estoy haciendo! —Esta vez eres tú quien te vuelves y me guiñas el ojo.

Después de fregar, secas y colocas cada cosa en su lugar, sin preguntarme, sin vacilar dónde van los cubiertos y dónde la vajilla. Me sorprende tu capacidad para fijarte en los detalles. Todo con una naturalidad pasmosa. Y que alguien me sorprenda a estas alturas, me gusta. Y mucho.

Qué bonito

Qué bonito cuando te encuentras con alguien con quien puedes bailar sin que te lleve. Qué bonito cuando protestas y solo ves cariño en los ojos del otro. Qué bonito cuando te desnudas por dentro además de por fuera...

Esos momentos que no son eternos, pero en los que me sentí protagonista contigo, son los que recuerdo cuando cierro los ojos y te pienso.

Qué bonito reírnos a carcajadas viendo la *frikiserie*. Qué bonito que tu mano busque la mía en medio de la discoteca para no perdernos. Qué bonito que hasta lavarnos los dientes al mismo tiempo tenga un guiño en nuestra mirada.

Aunque esto tan solo se quedara en un ayer. Aunque hoy no quisieras caminar junto a mí, aunque mañana decidieras ignorarme o pasado acabaras bloqueándome en redes, incluso entonces, incluso si eso ocurriera, seguiría pensando que qué bonito es poderlo sentir así.

Qué bonito abrir los ojos mientras tomamos el sol y descubrirte mirándome porque sí con una sonrisa. Qué bonito que me ayudes a soñar con que tengamos muchas más.

Vulnerable

Debí habértelo dicho antes. Pero no fui tan valiente. Me pudieron los sentimientos fraternales y evité hacerte sufrir sin pensar que después te podría hacer más daño.

Yo, que siempre me he vanagloriado de la claridad de mis palabras y de mis actos, de mi integridad... Nada mejor que un buen zasca en la boca y en la dignidad.

Es cierto que hacía mucho tiempo que no me reía con nadie tanto como contigo. Si los sueños son más graciosos, tú eres el ejemplo perfecto de ese don para hallar la palabra adecuada sin resultar repelente o cansino.

Es conocida mi adoración por acentos como el tuyo. Eso y tu poca vergüenza para ligar conmigo hicieron que no tardásemos demasiado en liarnos entre las sábanas. Liarnos es la palabra exacta, porque aquello no fue follar apasionadamente. Pero teníamos en común muchas cosas que merecían una continuidad: un rojerío apetecible, una cultura manifiesta y ganas de tratar bien al otro.

Las espinas tardaron una semana en aparecer, aunque no fue por nosotros, sino por temas laborales. Y a pesar de que traté de detener lo que podía parecer algo entre tú y yo, tu

vulnerabilidad y tu necesidad de apoyo, junto a tu búsqueda de cobijo, nos sumieron en meses de acompañamiento, escucha y abrazos donde lo físico desapareció totalmente.

Debí habértelo dicho antes. Pero al verte tan débil no reuní el coraje suficiente. Decidí estar ahí siempre que me necesitases. Decidí esperar a que te repusieras. Pero la recuperación tardó más de lo que había imaginado y en ese tiempo llegó el verano y apareció él. Me había mantenido firme en continuar con nuestra relación hasta que te encontraras fuerte. Pero a él no pude decirle que no. Caí a sus pies.

Fue entonces cuando rechacé tus propuestas, no propicié —e incluso rehusé— nuestros encuentros y me dejé ver junto a él. Debí habértelo dicho antes. Lo sé, no supe hacerlo bien.

Cosas de dos

Te pedí que me ayudaras con mi impaciencia infantil, con mi insistencia infinita, con mi inoportuna verborrea... y que lo hicieras porque sí. Lo admito: me puede la necesidad de repetir una y otra vez lo que no tiene necesidad de ser repetido.

Te pedí que lo hicieras con dulzura, porque para rudo ya estoy yo. Que lo hicieras con paciencia, porque impaciente ya lo soy yo. Que me aguantaras un poco, hasta que dulcificara mis formas.

Te pedí sinceridad contigo mismo, la misma que a mí me cuesta a veces tener conmigo mismo.

«Siempre supe que es mejor, cuando hay que hablar de dos, empezar por uno mismo», decía Shakira. Porque las cosas de dos casi nunca son de dos.

¿Era tanto pedir? ¿Fue mi responsabilidad? Quizá debería decir mi irresponsabilidad. Ok, lo admito.

Las cosas de dos casi nunca son de dos. Todos podemos encontrar ejemplos de esto, quizá antes te he dado alguno, o quizá no... y así no me repito, aunque puede que ya lo haya hecho.

Perder

Te echo de menos. Es el resumen, aunque voy a darte los detalles. Echo de menos tu sonrisa, tus besos, tus abrazos, tu forma de mirarme. Echo de menos el sexo contigo. Echo de menos tus chats, tus mensajes interesándote por mí, tus <3 y tus :P.

Aunque me equivoque, aunque caiga en actitudes infantiles, aunque tú también te equivoques, aunque insistas en infravalorar lo ocurrido, me quedo con unas semanas fantásticas. Si pudiera decidir el futuro, no volvería jamás a malgastar tu tiempo, el que me ofrecías cuando te lo pedía, tus valientes disculpas tras mis réplicas o tu mano tirando de la mía por la calle. No quisiera perder eso.

Porque quiero tu sonrisa, tus besos, tus abrazos, tu sexo, tus <3 y tus :P.

Rasero conveniente

Los celos son ese componente de las relaciones que utilizamos a nuestra disposición, variando el significado según nos venga en gana, midiéndolo según el rasero que más nos convenga.

Tu amigo que había emigrado acaba de llegar de viaje y le entran celos al saber que también recibes la visita de tu ligue transoceánico. Es divertido sentir esa competición, ¿verdad? Lo ves como un tierno acto de cariño.

Pero cuando ese mismo ligue te dice que le hagas un poco de caso, le recriminas sentirte presionado. Lo ves como una obvia reacción de inseguridad.

Lanzas encuestas en Instagram sobre lo que se aprende de las relaciones tormentosas en las que los celos son destructivos, y las respuestas que tus *followers* te envían no hacen sino confirmar tus teorías.

De todos modos, reconocerás que en realidad compartías la atención hacia tu amigo con los rolletes de turno, y la de tus novios con los que aparecían tras las ventanas del Scruff. Aunque, por

supuesto, no voy a ser yo quien dude de que los celos de tus parejas siempre fueron enfermizos.

Tu sonrisa

Tu plan era almorzar en tu barrio. Mi plan era plantarte cara porque no nos hacía bien lo que estaba ocurriendo. Eso me decían mis amigos. Eso decía mi cabeza: decirte que nunca más.

Toqué el telefonillo y bajaste a abrirme. Tu sonrisa no tenía fin. De repente, la boca de Cameron Diaz parecía minúscula. Te encovaste nervioso, encogiste tus hombros y se marcaron las arrugas de tus ojos ya achinados.

Te lanzaste a mis brazos. Mi cabeza paró de repetirme el mismo discurso y se quedó en blanco. Mi corazón aprovechó la ocasión para hacerse notar. Entramos en tu casa y me besaste. Dulce, húmedo y duradero. No podía resistirme. Me agarrabas tan fuerte que parecías ser el más alto y grande de los dos.

—Estaba nervioso. Necesitaba que vinieras. Te necesitaba aquí conmigo.

Ese comentario me superó.

Sin dejar de sonreír, me atravesaste, me ganaste, me desmontaste. Y sentí que no tenía sentido plantarte cara porque nunca había querido hacerlo.

Cuántos

Que todos nos equivocamos es algo notorio e indiscutible. Que todos hemos soltado alguna mentirijilla, o incluso una patraña colosal, también. Que todos nos hemos comportado de forma egoísta en alguna ocasión pensando tan solo en favorecer nuestros propios intereses es una evidencia. Pero ¿cuántas veces te has encontrado a alguien que te diga «tienes razón» en pleno intercambio de reproches? Me he pasado tantos años escuchando aquello de «siempre te enfadas cuando otro opina de manera diferente a ti» que la primera vez que escuché lo contrario, ya tenía preparada una respuesta a la defensiva a punto de saltar de mi boca.

Es incuestionable que alguna vez todos hemos contestado de malas maneras, con palabras inadecuadas e irónicas o con bufonadas hirientes. Hace años que sabemos que nadie está libre de tirar la primera piedra. Pero ¿cuántos tienen el don de reconocer y aceptar los errores? Me quedo con alguien que sí lo hace y espero saber agradecerse y aprender de su sencilla grandeza.

Esperanza

Hago la maleta de nuevo y repaso las ocasiones en las que la he hecho a lo largo de este año. Recapitulo y respiro. Y ahí estás tú.

Coloco un par de pantalones y jerséis junto a la ropa interior y recuerdo cuando preparaba ese viaje para verte a principios de año sin saber que descubriría en ti tanto de lo que busco.

Meto una bufanda y alguna camisa, echando de menos cuando organizaba mis bañadores y nuestras aventuras playeras.

Cepillo, pasta de dientes y acabo con el neceser mientras recuerdo el mal sabor de boca que me dejó nuestro encuentro francés.

Unas deportivas y cierro la maleta esperando que estos días caminemos juntos mientras me llenas de besos y abrazos porque, parafraseando a Ainhoa, «eres tú quien me enseñó la salida».

Hago la maleta y en la etiqueta cuelgo la dirección: esperanza.

En turista

Vuelo hacia ti con unas alas que no son las mías para llegar a tu aire. Ese que unas veces me hace girar como un torbellino; otras, como una brisa marina; pero que siempre finaliza acariciando mi pelo y transportándome a mi niñez, a aquella esencia que suelo olvidar.

Vuelo en turista y en ventanilla para poder ver las nubes sobre las que paso. Siento el constante ruido del motor como si fuera Céfito soplando para aumentar la velocidad.

Vuelo escribiendo y, como es habitual, con la inspiración aérea se me agolpan las historias y debo abrir una nota tras otra para no dejar escapar las ideas. Muchas quedarán inacabadas, aunque quién sabe si encontrarán su final en el próximo viaje.

Vuelo acompañado por una pareja de octogenarios porteños. Ella, menuda, con el pelo corto y gafas, no consigue dar con el idioma de la pantalla de vídeo. Le ayudo varias veces a cambiar el volumen, la película o el brillo. Él, orondo y canoso, lee en voz alta las millas, la hora estimada de llegada y la temperatura exterior.

Vuelo escuchando con disimulo sus conversaciones, que concluyen siempre con un cariñoso beso en la mejilla. Miro discretamente varias veces para comprobar que no se han soltado las manos e imagino cuántas experiencias vividas, cuánta ternura derrochada, cuánta calma luchada, cuánto amor descubierto.

Vuelo junto a ellos y tú vuelas junto a mí. Vuelo sintiendo que esta es mi ocasión, que es nuestra ocasión. La ocasión en la que tu aire es mi tierra, en la que nuestras batallas serán nuestro sosiego, en la que nuestras manos no se soltarán.

Tuve que decírselo

Tuve que decírselo. No pude contenerme. Alguna fuerza superior me empujaba a hablar.

Yo tenía uno de los asientos finales, el 30B, y él atendía a los pasajeros de la cola del avión. Yo avanzaba lento. El avión iba completo y los pasajeros le hacían las preguntas de rutina. Sin embargo, no se movía ni un solo cabello de su pelo engominado, su sonrisa permanecía intacta y su mirada azul no dejaba de centellear.

Rubio y de estatura media, se apreciaban sus músculos a través de la ajustada camisa blanca del uniforme. Parecía feliz, de una forma natural y nada forzada. Iba atendiendo a cada pasajero con soltura, incluso a aquellos inoportunos o no muy educados que siempre hay en cada vuelo.

Me acercaba al punto donde él se encontraba y nuestras miradas se cruzaron durante un milisegundo. Tiempo suficiente para que, al pasar por su lado, me dedicara una sonrisa más amplia que la de Vivian Ward.

Durante el viaje, cada vez que pasaba por mi lado, me fijaba en sus cuidados modos y en lo delicado de sus movimientos. Tuve que decírselo. No pude contenerme. Una fuerza superior me empujaba a hablar y, antes de despedirme, le dije cuánto me recordaba a ti.

Cuarenta

Tenemos cuarenta minutos antes de que te vayas. Te agarro de la cintura y te atraigo hacia mí. Te beso y comienzo a estirar lentamente de tu camiseta hacia arriba, levantando tus brazos. Me desabrochas directamente el vaquero y me lo bajas hasta las rodillas mientras seguimos besándonos. Acabamos por desnudarnos el uno al otro y dirigirnos a la ducha.

—Voy a querer secuestrarte para tenerte siempre a mi lado. No quiero que te vayas —me dijiste mientras el baño rezumaba sexo.

Esta vez no hubo opción para otros cuarenta minutos en los que despeinar tus rizos. Pero me

llevo tu sabor en mi boca para degustarte durante todos los días en los que te tenga lejos.

Mi piel te dice cuánto te deseo, mis ganas te indican lo que voy a extrañarte, pero mis palabras no van a enmudecer y así nada se nos quedará en el tintero, porque en cuarenta minutos cabe siempre un «te quiero».

Mientras viajo

Esta mañana te despertaste angustiado por mi viaje de vuelta. Sin embargo, yo estaba entretenido en tu olor. Ese que tanto necesito y que, incluso encontrándote ausente de mis brazos durante semanas, está registrado en mi cerebro. Esta mañana desayunamos en tu tetería favorita antes de hacer la maleta y subir al Uber que nos llevaría a nuestra nueva separación.

Ha sido durante el recorrido cuando la angustia se ha transferido de uno a otro. El tiempo justo para facturar, pasar por migración y subir al avión. Ni siquiera te he podido enviar un «te quiero» por WhatsApp antes de que la batería de mi iPhone se esfumase.

Resignado ante la falta de wifi, elijo *Rocketman* en la pantalla del avión y las decenas de canciones de la película me hablan de ti. Ahora, mientras viajo jugando al solitario, soy consciente de la evidente distancia que se cronifica de manera proporcional a lo que te voy echando de menos desde el minuto en el que dejé de verte despidiéndote a lo lejos.

Bilbao

Sueño con llevarte. Con que las veces que lo he fantaseado se vuelvan por fin realidad.

Sueño con ver tu cara sorprendiéndose por la niebla en los bosques que rodean el horizonte, el verde que llega por los parques hasta el Nervión y el gris metalizado del Guggenheim fundiéndose entre las calles del Ensanche.

Sueño con disfrutar de las Fellini un jueves, contigo. Reírme de sus números de siempre mientras observo cómo te ríes. Y un Aste Nagusi con los fuegos artificiales, la Pinpi y su purpurina.

Sueño con unos *pintxos* en la Plaza Nueva y con un chapuzón en la piscina del Azkuna.

Sueño con que te emocione mi gente: distante al principio, auténtica hasta el final.

Sueño con mostrarte aquello que me vio crecer, aquello que me dio mi esencia y compartirlo contigo.

Sueño con ver tus ojos brillar al descubrirlo y con tu sonrisa perenne mientras, paseando por la Gran Vía, me agarras fuerte de la mano.

Bajito

Nos tomamos un vino acabando la tarde en el Sierra, donde invitan a succulentas tapas. Es lo único positivo que nos hace volver una y otra vez, porque el olor a fritanga y el vocerío de la mayoritaria clientela estudiantil que acude al bar no hacen que sea el lugar más atractivo para charlar. Tres rondas y ya nos levantamos contentos y cenados.

Nuestros bailoteos en Boite que no falten, mientras suenan —para nuestro deleite y afonía— divas *poperas*, *seudorreguetoneros* y *dancers* facilones. Reímos, cantamos, gritamos, bebemos y disfrutamos.

Nos juntamos en grupo para ponernos al día en una terraza de Fuencarral y criticar a todo lo que se mueve sabiendo que seremos criticados al mismo tiempo. Andanzas y desventuras en la capital

que nos tomamos con humor. Pero, por más que nos riamos en alto, gritemos borrachos y nos divirtamos como si fuéramos aún adolescentes, lo que yo quiero realmente, lo que me gustaría de verdad es, como dice Ana War, hablar contigo... así, bajito.

Diminutivos

Tú, que siempre arqueabas las cejas cuando escuchabas a una pareja hablándose con diminutivos.

Tú, que siempre repudiabas la falta de vergüenza ajena de quien mostraba públicamente sus sentimientos.

Tú, al que celebrar San Valentín siempre le pareció algo ridículo y consumista.

Ahora te encuentras desafiando tus propias reglas de discreción y privacidad, dejando corazones por partida doble en cada foto, buscando la mano inmediatamente cuando queda suelta, besando en la frente o en la mejilla en cualquier ocasión y mostrando felicidad ante la mínima expresión de emociones.

Tú, que detestabas los momentos tiernos, visitas el Museo del Romanticismo, compras flores y ves *Notting Hill* en el mismo día sin acabar empalagado.

Quién te hubiera dicho que ahora ibas a estar comprando tanto el regalo más pequeñito y personal como simples caprichos, ya sea o no 14 de febrero.

Pero no imposible

Difícil aceptar los reveses de la vida. Y aún más difícil aceptar aquello con lo que uno no está de acuerdo, las decisiones tomadas unilateralmente por el otro. Es complicado si uno hace memoria emotiva y el otro no. Historias complejas en las que uno se siente el perdedor. Nadie dijo que fuera fácil, pero ser nuestro propio enemigo lo empeora todo.

Difícil querer a otro si uno no se quiere. Afirmación tan básica que cualquiera puede compartir o refutar. Sin embargo, cuánto nos cuesta llevarla a cabo, cuánto nos cuesta reconocerla y cuántas veces el amor propio es malinterpretado y nos sentimos despreciados por ponerlo en práctica, agravando la poca estima que tenemos por nosotros mismos.

Difícil dar marcha atrás y escapar del círculo vicioso que nos persigue como a Indiana Jones, pero sin tener su habilidad para escabullirnos. Es complicado reconocerse entre tanta queja, entre tanta crítica, entre tanta batalla. Y aún más complicado es responsabilizarse de los propios errores sin echar balones fuera.

Difícil mirarse en el espejo cuando devuelve más sombras que luces. Porque solo después de habernos visto reflejados en ese pescador de carne, en ese manipulador inconfeso o en ese amante desaparecido, solo después de aceptar la propia mentira y el propio engaño, comienza el verdadero reencuentro con uno mismo: aceptando nuestra propia parte de Juan, de Diego, de Jose y del resto, aceptando cuando hicimos sentirse perdedor al otro.

Difícil saber qué es lo que volveré a aprender, aunque estoy seguro de que lo haré. Y, mientras tanto, me encuentro frente al espejo perdonándome a mí mismo por tantos reproches, por los errores y desaires que reocriminé y cometí.

Difícil pero no imposible, porque lo imposible está justamente ahí: detrás de perdonar, detrás de abrazar, detrás de querer.

Agradecimientos

Gracias al *Guiri* por haberme ayudado a crecer, por creer en mí y por conseguir que yo también lo haga.

Gracias a mi hermana y a mi madre por acercarse incluso en épocas de alejarse.

Gracias a Marta, Agus y Karina por reafirmarme que el mundo lo mueven las mujeres.

Gracias a Iván y Paco por el mérito de ser amigos y lectores al mismo tiempo sin morir en el intento.

Gracias a Rubén y Josu por ser mis acompañantes en el maravilloso y serio juego de la amistad.

Gracias a Alberto y Gonzalo por confiar en mí y regalarme este rincón dentro de su mundo de cultura y amor.

Gracias a ti que me lees desde entonces. Y a ti que me has descubierto hoy.



TÍTULOS DE DOS BIGOTES

El armario de acero, Varios autores
Los deseos afines, Varios autores
Imre: una memoria íntima, Edward Prime-Stevenson
Lo que no se dice, Varios autores
Pasión, Brane Mozetič
Posiciones geográficas, Suzana Tratnik
49 goles espectaculares, Davide Martini
Suburbana, Claudio Mazza
Mañana hablarán de nosotros, Varios autores
La tierra de los abetos puntiagudos, Sarah Orne Jewett
El cielo en movimiento, Varios autores
Ábreme con cuidado, Varias autoras
Una barba para dos, Lawrence Schimel
La increíble boda de Gilbert y Moira, Joe Keenan
El sonido de los cuerpos, Nando López
A Virginia le gustaba Vita, Pilar Bellver
La vida de Kostas Venetis, Octavian Soviany
El santo al cielo, Carlos Ortega Vilas
Tan solo el fin del mundo, Jean-Luc Lagarce
El milagro, Ariel Kenig
El amante alemán, Julián Martínez Gómez
Mil mamíferos ciegos, Isabel González
La canción pop, Raúl Portero
La nueva mujer, Varias autoras
Manuel Bergman, Pablo Herrán de Viu
V y V Violación y Venganza, Pilar Bellver
Presentarse en forma grata, Joseph Salvatore
Trapicheos en la Segunda Avenida, Joyce Brabner y Mark Zingarelli
Relaciones enfermizas, Cecilia Ștefănescu
La geometría del trigo, Alberto Conejero
Bitch She's Madonna. La reina del pop en la cultura contemporánea,
Eduardo Viñuela (ed.)
Haz memoria, Gema Nieto
No pasar (Do Not Cross), Dora Pavel
Cómo acabar con la escritura de las mujeres, Joanna Russ
Todo es una mierda y eres una mala persona, Daniel Zomparelli
Hacia las luces del norte, Ángel Valenzuela
*Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual
en los años de la Transición española*, Valeria Vegas
Boy Erased (Identidad borrada), Garrard Conley
Nido de pájaros, Luis Maura
Los cuerpos que importan en Judith Butler, Silvia López
Los pequeños brotes, Abel Azcona
Fábula de un otoño romano, Bruno Ruiz-Nicoli
La política sexual en Kate Millett, Silvia López
Homintern. Cómo la cultura LGTB liberó al mundo moderno,
Gregory Woods
El hombre de hojalata, Sarah Winman
Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer,
Varios autores

Comando Malva, Pilar Bellver y Olga Carmona Peral
El devenir «mujer» en Simone de Beauvoir, Silvia López
Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical, Alex Espinoza
Ariel y los cuerpos, Sebastià Portell
Cómo entender tu género. Una guía práctica para explorar quién eres,
Alex Iantaffi y Meg-John Barker
Dilemas y cowboys, Cachorro Lozano
La calma luchada, Sergio Bero

Este
libro
ha sido
compuesto
en tipografía
Crimson sobre
papel de 90 gr.
ahuesado e impreso
en junio de 2020

